

# LIZ ORIENTE



2 PTS

**PAT O'BRIEN**

**JOSEPHINE  
HUTCHINSON**



# LUZ A ORIENTE

producción

WARNER BROS FIRST NATIONAL

con

JOSEPHINE HUTCHINSON

PAT O'BRIEN

JEAN MUIR

LYLE TALBOT

---

ARGUMENTO NOVELADO

---

Portada de A. LÓPEZ RUBIO

**Cinema**

Publicación semanal

Año III

15 septiembre 1940

Núm. XXVII



# COLECCIÓN CINEMA

ARGUMENTOS NOVELADOS

	Ptas.
<b>ALLA EN EL RANCHO GRANDE</b> TITO GUIZAR	2,—
<b>LA GITANILLA</b> ESTRELLITA CASTRO	2,—
<b>LA CANCION QUE TU CANTABAS</b> «SEMILLITA»	2,—
<b>SU VIDA PRIVADA</b> KAY FRANCIS	2,—
<b>TIRONE POWER</b> EL MODERNO RODOLFO VALENTINO	2,—
<b>LA NOVIA DEL EXITO</b> DIANA DURBIN	2,—
<b>EL PREDILECTO</b> OLIVIA DE HAVILLAND	2,—
<b>EL SOBERANO</b> EMIL JANNING	1,25
<b>TRUXA</b> LIA JANA	1,25
<b>DESEO</b> MARLENE DIETRICH-GARY COOPER	1,50
<b>EL DOBLE DEL REY</b> ALBERT MATTERSTOCK	1,—
<b>EL SARGENTO BERRY</b> HANS ALBERS	1,—
<b>EMISORA SECRETA</b> WILLY BISSEL	1,—
<b>HUELLAS BORRADAS</b> FRITS VAN DONGEN	1,—
<b>«JETTATORE»</b> ALITA ROMÁN	1,—
<b>TRES ANCLADOS EN PARIS</b>	1,—
<b>EL REY DEL DINERO</b>	1,—
<b>REGINA DE LA SCALA</b> MARGARITA CAROSSIO	1,—
<b>¡VIVA LA MARINA!</b> RUBY KEELER-DICK POWEL	2,—

ES PROPIEDAD  
EDICIONES MARISAL  
1940

Pídalos en todos los buenos kioscos y librerías de España o remitiendo su importe en sellos de correo o por giro postal a

Ediciones MARISAL - Plaza de Oriente, 1 y 2 - MADRID

## LUZ A ORIENTE

I

ACEITE PARA CHINA

Las oficinas de la «Oil Company», en Nueva York, estaban amuebladas con un lujo severo y exquisito. Quien entrase en ellas por primera vez no creería encontrarse en los dominios de una Casa comercial, sino en la residencia de algún millonario extravagante, interesado en los usos y costumbres de los pueblos de Oriente.

Muebles y objetos, de procedencia china, indicaban que el principal mercado de la «Oil Company» se encontraba en Asia. Los directores de la prestigiosa firma cuidaban en todos los detalles aquella supremacía en el Extremo Oriente, y todos los empleados enviados por la Casa a aquellas exóticas regiones recibían previamente un curso

completo de conocimientos de lengua y asuntos orientales, que los capacitaba para la lucha comercial en las apartadas tierras.

En los momentos en que comenzamos esta narración se celebraba precisamente la última clase de un curso, al final del cual los que habían asistido a él recibirían sus nuevos destinos en China. Alrededor de un detallado planisferio, en el que estaba señalada con lápiz rojo la parte correspondiente al Celeste Imperio, un grupo de hombres de aspecto fuerte y enérgico, habituados a la lucha por la existencia, oían las postreras explicaciones de un alto empleado de la Compañía que, por su competencia en aquellos asuntos, estaba encargado del curso.



Las palabras del profesor estaban cuajadas de advertencias prácticas y sensatas.

—Señores — decía —; ahora, unas pocas palabras más. Oiganme bien y recuérdenlo siempre. La Compañía les manda a ustedes a China para disipar las tinieblas de siglos con la luz de una nueva era, la luz que ha de alumbrar el nuevo Oriente: el petróleo. Ayudar a una gran Compañía a ensanchar las fronteras de la civilización es un noble ideal: el ideal de un hombre.

Hizo una pausa y prosiguió después:

—Sufrirán penalidades, hallarán peligros y tropezarán una y otra vez con la tradición y la lógica del Oriente; pero tienen juventud, temple y valentía para perseguir ese ideal con la fe de unos cruzados, yendo a tierras extrañas. Y, sobre todo, señores, pueden luchar, tener fe y vivir, sabiendo que la Compañía jamás abandona a los suyos.

Unos aplausos de simpatía acogieron estas palabras del alto funcionario de la «Oil Company». Desde sus respectivos asientos, Stephen Chase y Hartford seguían atentamente aquellas instrucciones. El primero de ellos era un muchacho de gesto enérgico y de gran confianza en sí mismo, que levantaba su barbilla voluntariosa cada vez que oía hablar de peligros y dificultades.

Hartford, por su parte, no parecía estar muy curtido en aquellas lides, y su fino bigotito y el nudo de su corbata, correctamente hecho, le acreditaban como un neoyorquino de buena familia, pero no hablaban muy alto de su espíritu de acometividad.

El profesor de aquel curso de orientalismo proseguía, mientras tanto:

—Sus ideas deben seguir siendo modernas, occidentales, pero deben aprender a pensar como los chinos. Dentro de pocos días algunos de ustedes saldrán para China, y cuando crucen aquellas desoladas llanuras recuerden que la Compañía jamás abandona a los suyos...

«... y cuando crucen aquellas desoladas llanuras...» Stephen iba pensando en las palabras de su jefe, mientras atravesaba las heladas tierras de la Siberia asiática, ya de vuelta a la factoría, después de realizar satisfactoriamente la misión que le habían encomendado.

Stephen Chase, en sus tres años de vida en el Extremo Oriente, se había adaptado perfectamente a los usos y costumbres del país. Resultaba un auxiliar valiosísimo para la Compañía, porque sabía cómo tenía que tratar a aquellos hombres, pertenecientes a otra raza y que tenían un modo completamente diferente de entender la vida.

Recordando toda aquella etapa de su vida, Stephen apenas se dio cuenta de que había llegado a la factoría. El chino que conducía el carromato le ayudó a bajar. Frotándose las manos, que llevaba casi heladas, penetró en el establecimiento.

Un hombrecillo viejo y rechoncho, de aspecto insignificante, le saludó desde su mesa:

—Hola, Chase; ¿traes cerillas?

El recién llegado no pudo contener una carcajada.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre, después de dos meses sin verme?—exclamó.

—Bueno, ¿traes?—insistió el hombrecillo.

Stephen le dio lo que pedía, y cuando hubo encendido su cigarrillo, el viejo le preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas en China, Stephen?

—Muy cerca de tres años, Dan.

—Yo llevo por aquí más de treinta. Pero sigue mi consejo y no pienses en meses ni en días, si no quieres comerte el almanaque como si fuera una alcachofa.

Stephen sonrió ante el expresivo modo de hablar de su colega. Luego, señalando una puerta al fondo de la habitación, preguntó:

—¿Está el jefe ahí?

Y ante la respuesta afirmativa de Dan, añadió:

—¿Cómo anda de genio?

—Bilioso—fué la desconsoladora contestación.

A pesar de ello, Stephen se dirigió con paso decidido hacia la puerta y llamó con los nudillos. Una voz malhumorada le respondió desde dentro:

—¡Adelante!

Entró. Sentado frente a una mesa llena de papeles, un hombre, ya entrado en años, con gesto de enfado perpetuo, le miró, sin dar ninguna muestra de asombro.

—¿Qué tal, jefe?—saludó Stephen.

—Iba siendo hora de que volviera—respondió el descontento funcionario—. Ya empezaba a preocuparme por usted.

—No se preocupe por mí—respondió el muchacho—. Yo sé navegar bien.

El jefe hizo un gesto de duda, y comentó:

—La verdad, es un crimen dejar andar por Siberia a mocosos como usted, sin nadie que les limpie las narices.

—Las narices, no sé—contestó Stephen sonriendo—; pero yo nunca he necesitado ayuda.

—Pero el viejo Li no habrá firmado—siguió diciendo el jefe.

Sin decir palabra, Stephen sacó de su cartera un papel doblado, que entregó a su interlocutor. Ante la cara de asombro que puso éste, preguntó, con una sonrisa de suficiencia:



—¿Extrañado, eh?

—Mas que extrañado, satisfecho, orgulloso. Otros más viejos lo han intentado inútilmente.

Stephen trató de quitarle importancia a su misión, y, con un rasgo de singular modestia, habló de la suerte como único factor de su triunfo. Pero el que le escuchaba movió la cabeza negativamente, y le dijo:

—No, querido; no es cosa de suerte, sino de trabajo.

Y adoptando, de pronto, su habitual aire de malhumor, exclamó:

—Ahora, lárguese. He de hacer mi informe mensual.

Pero el joven empleado, sin moverse de su sitio, exclamó:

—Tengo una idea que acaso le interese incluir. Hice el viaje de noche sólo para eso. He observado que aquí se usa para el alumbrado el aceite de cacahuate. Usted sabe que si se emplearan las lámparas de petróleo ello representaría millones para la Compañía.

—Pero ¿quién iba a poder comprar una lámpara?—interumpió el jefe.

—La Compañía podría regalarlas, y amortizar en ocho meses su importe.

El jefe de la factoría estaba decidido a poner toda clase de dificultades al proyecto de Stephen.

—Usted sabe—exclamó—que las dos lámparas cuestan lo mis-

mo, y que el petróleo arde más de prisa, y que eso representaría un doble gasto.

—Exacto—contestó Stephen sin inmutarse.

—Y para esta gente, ya sabe usted lo que eso significa.

—También lo he resuelto.

Y puso ante los ojos de su jefe un plano, donde había dibujado un extraño aparato. Cada vez más entusiasmado por su propia idea, empezó a explicar:

—La cantidad de aire determina el consumo de petróleo. Ahora bien: en vez del globo corriente, usemos un cilindro cerrado, con unos agujeros, por los que sólo se deja pasar el aire necesario para alimentar la llama. No dará una luz muy brillante, pero siempre será mejor que la producida por el aceite de cacahuete.

Unos pocos minutos le bastaron al jefe para darse cuenta de la luminosa idea de su subordinado. Cuando se convenció de la utilidad de aquella nueva lámpara, que podría producir grandes ganancias a la Compañía, exclamó decidido:

—Hoy mandaré el informe. Ojalá lo acepten.

—Tendrán que aceptarlo—dijo Stephen, que sentía un optimismo enorme—. Siendo ricos como son, pueden permitirse ese lujo.

Los años que el jefe llevaba en

la Compañía le habían dado la suficiente experiencia para no compartir las risueñas esperanzas de su subordinado. Sin embargo, no quiso desanimarle, y cogiendo el dibujo del aparato inventado por Stephen, le preguntó:

—¿Puedo quedarme con esto para unirlo al informe?

—No faltaba más—respondió el muchacho.

Otra vez volvió la seriedad al rostro del jefe de la factoría. Con aquella máscara adusta, que era el terror de todos los empleados, se dirigió a Stephen y le advirtió:

—Si no tiene más ideas, déjeme seguir trabajando.

Pero el muchacho no había terminado de decir todas sus pretensiones. Apoyado en el marco de la puerta, exclamó en tono de súplica:

—Jefe, quiero pedirle un favor.

—La Compañía no hace favores; da a cada uno lo suyo—respondió el otro.

—No pido otra cosa. Voy a terminar mi contrato de tres años, y ya he hecho mi aprendizaje; tengo derecho a casarme.

El jefe le miró un momento en silencio, y luego asintió:

—Sí; tiene usted derecho.

Azorado ante aquella mirada inquisitiva, Stephen trató de explicar sus sentimientos:

—Tengo la novia allí. La chica me ha esperado; dentro de unos

días llega a Yokohama, y necesito de usted una licencia.

—¿Para volver casado?

—Sí.

Por un momento, el semblante del viejo funcionario expresó la duda sobre lo que tenía que contestar. Al fin, se decidió; y, levantándose de su asiento, se dirigió hacia Stephen, y, poniéndole una mano en el hombro, habló amistosamente:

—Usted le pide al jefe un permiso: concedido. Pero no pide un consejo al amigo, y voy a dárselo, si no le molesta.

—De usted, lo agradezco—aseguró Stephen.

—He estado en Oriente muchos años. Esto, para una mujer, no es una aventura; es un destierro. De veinte mujeres, diecinueve hacen que su marido aborrezca su trabajo, porque la mujer es incapaz de resistir la vida en China.

Su rostro, al decir aquellas palabras, estaba serio y grave, como si quisiera convencer a su interlocutor de la importancia de aquel consejo. Stephen le escuchaba atentamente, y pudo observar que sus últimas palabras estaban llenas de una afabilidad desacostumbrada en él.

—Que ella sea la excepción, porque todo lo demás lo tiene usted.

—Es la excepción, jefe—respondió Stephen—, y le aseguro



que no tendrá nada que reprocharme.

Con un fuerte apretón de manos, se despidieron los dos hombres. Después, el jefe de la factoría volvió a inclinarse sobre sus papeles, adoptando el adusto ceño que tanto temían sus subordinados.

Mientras tanto, Stephen, muy contento por el resultado de aquella conversación, atravesó silbando el espacio que separaba la factoría de la casa que le servía de alojamiento.

—Hola, Jim—saludó al entrar.

El aludido se volvió con un gesto de sorpresa. Era un muchacho fuerte, simpático y afable, que compartía con Stephen la incómoda vivienda, situada frente a la factoría. El tiempo que habían vivido juntos los había convertido en perfectos camaradas, y ahora, al regreso de Stephen de aquel largo viaje por las peligrosas regiones, no dejó de manifestarle su alegría.

—Pero ¡si es el propio Don Quijote, con su «Rocinante»! —exclamó Jim—. ¿Qué tal esos pies?

Mientras se quitaba las pesadas botas de viaje, respondió Stephen:

—No sé cómo los tengo. Y eso que apostaría a que salí de casa con ellos.

—Para mí, es preferible andar —comentó Jim—que viajar en un

carromato de ésos, aunque se pierda el espinazo.

De pronto recordó sus deberes de hospitalidad para con el recién llegado, y le anunció:

—Voy a traerte de beber.

Entró en una habitación inmediata, y volvió al poco rato con una botella, que ofreció a su compañero.

Stephen bebió un buen trago, que reanimó algo su cansado cuerpo. Después dijo, satisfecho:

—Mañana voy a Yokohama a buscar a mi novia.

Jim hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno, seré el padrino—exclamó.

—Nos casaremos en Yokohama —advirtió Stephen.

—Entonces no seré padrino.

Y dando unas palmaditas en la espalda de su amigo, exclamó:

—Bien, Stephen. Ahora sólo espero que tengas suerte, y que cuando cumplas tu contrato regreses a América.

El muchacho se volvió sorprendido y disgustado por aquellas palabras.

—¿Quieres decir salir de China, de la Compañía, cuando va a salir mi lámpara? Ahora empiezo a encontrarme bien aquí.

—Ya sabes el refrán —advirtió Jim—: «cuando los perros dejen de ladrarte en China, es hora de marcharte». Si no—agregó—, jamás te irás.

Para Stephen, aquellas palabras de su amigo carecían de sentido. Precisamente en aquel momento se sentía, al principio de su carrera, con nuevas fuerzas para continuar el camino emprendido, y su ánimo exaltado por la conversación sostenida con el jefe de la factoría.

Viendo que sería completamente inútil cuanto le dijera en aquel sentido, Jim lanzó una mirada a su alrededor, y exclamó con un gesto de disgusto:

—Tendré que largarme de aquí.

—A ella no creo que la molestes —se apresuró a decir a Stephen.

—No, no. Dice el refrán que

«el casado, casa quiere». Yo me mudo.

Stephen miró la hora en su reloj de pulsera, y exclamó a continuación:

—Bueno, voy a hacer la maleta. ¿Vienes?

—Ya lo creo—contestó rápidamente Jim—. Si no, te casarías con mi traje, con mi camisa y con la única corbata que nos queda.

Y los dos compañeros de cuarto, riendo como unos chiquillos, penetraron en la habitación inmediata. Stephen se sentía contento como nunca ante aquel viaje de vacaciones en busca de su novia.



## II

### OTRA MUJER DISTINTA

STEPHEN fué a vivir aquellos días al mejor hotel de Yokohama. Apenas paraba en su habitación, teniendo que hacer febrilmente los preparativos para su próxima boda. Sentía una inmensa alegría por la llegada de su novia, que había de hacer cambiar su vida en China, hasta entonces árida y monótona, en otra más alegre y risueña.

Era tanta la satisfacción que le dominaba, que ni siquiera se enfadó al observar que el flamante traje blanco que le había confeccionado un sastre de la localidad le venía espantosamente ancho. En el momento de la prueba, cuando ya no tenía remedio, pudo percatarse de que le sobraban las mangas y de que la americana le llegaba casi hasta las rodillas.

Mientras tanto, el sastre chino trataba de infundirle el convencimiento de que iba elegantísimo.

—Le cae muy bien puesto—le

aseguró, con un cinismo magnífico.

Stephen le preguntó irónicamente:

—¿No le parece estrecho?

El chino se le quedó mirando; pero, con su psicología oriental, era incapaz de comprender el verdadero sentido de la broma de su cliente. Por eso, respondió con toda ingenuidad:

—Quizá sí. ¿Quiere que se lo ensanche?

—Sí; un poco. Así podremos caber los dos.

Y no pudiendo contener por más tiempo su indignación, exclamó:

—¡Vaya sastre! ¿Sabía usted que era para mi boda?

El pobre chino estaba sinceramente arrepentido de aquel estropicio ocasionado por su falta de pericia.

—¡Oh, sentir mucho! El arreglo tardar cuatro horas.

—¿Cuatro horas? — exclamó

Stephen—. Llega mi novia a las seis, y son ya las cinco.

E hizo un gesto de despedida, que el chino acogió con la característica cortesía oriental. Sin embargo, antes de salir, se atrevió a preguntar:

—¿No querer que le haga más ropa, señor?

—Sí—respondió Stephen sonriendo—. Cuando éste se quede chico.

Por fin, marchó el sastre, y Stephen, al que le rebosaba la alegría por todo el cuerpo, empezó a arreglarse la corbata frente al espejo, mientras cantaba con todas las fuerzas de sus pulmones:

*Mambrú se fué a la guerra...*

Unos discretos golpecitos dados en la puerta interrumpieron su alegre cantar.

—Entrez—gritó Stephen.

Al abrirse la puerta apareció otro chino en el umbral. Para los que no estuvieran acostumbrados a la vida en el Extremo Oriente, el nuevo visitante era exactamente igual al que acababa de salir. Stephen preguntó humorísticamente:

—¿Cuál de los sesenta millones de hijos del Sol Naciente es usted?

El hombre no sabía cómo explicar su personalidad.

—Usted vino ayer...—empezó a decir.

## LUZ A ORIENTE

—¡Ah, ya recuerdo! La casa de té del jardín del templo—exclamó Stephen.

Y ante el asentimiento del chino, le comunicó sus deseos:

—Quiero que me prepare cena para dos. Quiero el cuarto decorado con flores de loto; que nos quiten aquella pared, porque queremos contemplar el jardín del templo.

—Ya sé—asintió el oriental.

—Además, *champagne*. Y que nos pongan una niñas cantantes. Y la Luna...

El chino no se asombró lo más mínimo. Estaba acostumbrado a obedecer todas las órdenes de sus clientes, sobre todo si éstos eran europeos. Ante la última petición de Stephen, se limitó a preguntar, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo:

—¿Llena o menguante?

—Llena.

El chino apuntó en su cuadernito todos los detalles de la cena en preparación. Mientras tanto, Stephen le daba las últimas instrucciones:

—Ya sabes lo que quiero. Todo lo que sea hermoso y fragante.

Y como el chino permaneciese como embobado, pendiente de sus palabras, le dijo con impaciencia:

—Pero dése usted prisa, hombre, porque iremos a las siete.

El hombre sabía que, antes de despedirse, tenía que decir algo,



pero no acertaba con las palabras. Por fin, pareció encontrar la frase adecuada, y murmuró, con una reverencia exagerada:

—Pues... muchas felicidades.

—Gracias, hombre — contestó Stephen con una sonrisa.

Se despidió definitivamente el chino. Pero estaba visto que no iban a dejarle tranquilo, pues a los pocos minutos volvieron a llamar a la puerta. Esta vez era uno de los botones del hotel, perteneciente también a la raza amarilla. Llevaba una bandeja en la mano.

—Un cablegrama, señor—anunció—. Lo trajeron de su oficina.

Stephen cogió el despacho, y, mientras el botones se retiraba, lo abrió para enterarse de su contenido. Las primeras palabras le hicieron fruncir las cejas.

«Stephen — empezaba la misiva —: Debo ser sincera y pensar en mí misma...»

Recorrió con la vista el resto del cablegrama, y al punto le invadió el desaliento. Su novia, a la que él esperaba con toda la ilusión de su alma, le decía que había reflexionado detenidamente sobre el matrimonio proyectado y no podía decidirse a llevarlo a cabo. La vida en China le asustaba, por sus peligros y sus incomodidades, y no se sentía con fuerzas para acudir a Yokohama a la cita prevista.

Sintiendo que se desplomaba

algo dentro de sí mismo, Stephen abandonó su habitación. Bajó maquinalmente las escaleras y se sentó en uno de los amplios sillones del *hall*, casi desierto. Necesitaba pensar en la nueva situación que le creaba la inesperada negativa de su novia.

Así pasó algún tiempo, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor. Cuando levantó los ojos, observó que una mujer enlutada se hallaba sentada frente a él y le miraba disimuladamente. Una ligera ojeada le bastó para percatarse de que era joven y bonita.

A pesar del estado de su alma, la curiosidad hizo que se decidiera a mirar con más fijeza a la desconocida. Tenía una expresión de abatimiento y tristeza como la suya, y esto hizo que naciera en él una súbita inspiración.

Se inclinó ante la joven, y dijo, a modo de presentación:

—Usted perdone. Soy Stephen Chase, de la «Oil Company», en Manchuria; no soy un pobre diablo.

Ella le miró sorprendida, y contestó fríamente:

—A mí no me interesa quién sea.

—No quise ofenderla—insistió el muchacho, descontento por su torpeza—. La vi sola, como yo lo estoy, y pensé que tal vez quisiera cenar conmigo, para no estar tan solos.

—Gracias de todos modos—respondió ella, dando por rechazada la invitación.

Pero el joven americano no estaba dispuesto a dar por perdida la partida, y continuó hablando, con cierto embarazo:

—A usted le parecerá quizá... Es decir, no quisiera que... En fin, que me tomara por un fresco.

Y como ella, realmente divertida por la situación, no contestase, prosiguió diciendo:

—Perdone mi insistencia; pero mis modales en la mesa son correctos, aun con palillos.

—Jamás los he usado—replicó cortésmente la joven.

—Pues ahora tiene la ocasión. Hay una casa de té preciosa...

Y animado por su propio entusiasmo, empezó a enumerar las ventajas de una cena al estilo oriental, perfumados por las flores de loto. Ella le escuchó sonriendo, y, al fin, se decidió a contestar:

—No me disgustaría salir un poco del hotel. Llevo aquí todo el día; el ir sola me entristece y me pone nerviosa...

Y ya decidida del todo, exclamó:

—Iré con usted.

Stephen no sabía qué palabras emplear para mostrar su agradecimiento a la encantadora muchacha. Y cuando ella le aseguró que accedía complacida a su pro-

posición, contestó con gran entusiasmo:

—Pues no hay más que hablar. De acuerdo; cenaremos juntos.

\*\*\*

La noche estaba verdaderamente deliciosa, y fueron a colocarse frente al jardín del viejo templo chino. Las instrucciones de Stephen habían sido cumplidas al pie de la letra, y los jóvenes que se acababan de conocer estuvieron prontamente sentados, a la usanza china, delante de los correspondientes platos llenos de arroz, que iban comiendo por el tradicional sistema de los palillos. Frente a la mesa, encantadoramente dispuesta y adornada con flores de loto, dos chinitas de corta edad entonaban extrañas melodías que acaso tuvieran un origen milenario. Al fondo, la pagoda dejaba ver la arquitectura retorcida y complicada.

Durante algún tiempo cenaron en silencio, y, al fin, fué Stephen el primero que habló:

—¿Lleva mucho tiempo en Yokohama, señorita...?

Se detuvo, ignorando el nombre de la muchacha, y ella tuvo que responder simultáneamente a la pregunta formulada y a la interrogación implícita:

—Hester Adams. Dos días.

—¿Va quizá en uno de esos buques turistas?

—Sí—respondió ella—. Ibamos



a planear un complicado itinerario para visitar los lugares que papá quería ver.

—¡Ah! ¿Viaja con su padre?

La muchacha se estremeció ante el recuerdo, y respondió con tristeza:

—No. Murió en la travesía.

—¡Oh, lo siento! —murmuró Stephen.

Guardaron los dos un silencio penoso, hasta que Hester, sobreponiéndose a sus afligidos pensamientos, continuó:

—Es que papá era profesor de Historia oriental, y no había estado nunca en Oriente. Su pobre corazón no pudo resistir a la emocionante idea de verlo todo.

—¿Va usted a seguir sola? —preguntó Stephen con interés.

—No, señor. Regresaré a América y daré lecciones de violín a los niños.

Hubo una nueva pausa en la conversación, que cortó la llegada del dueño del establecimiento. Venía todo obsequioso, frotándose las manos, con la satisfacción de su perfecta organización. Se dirigió a Hester, preguntando:

—¿Señora, gustar?

—¡Oh, es precioso! —respondió ella entusiasmada.

—¿Prefiere usted casar aquí, en vez de hotel? Yo pondría música, foles, todo.

—¿Casarse? —preguntó extrañada la joven.

Stephen trató de arreglar la equivocación cometida por el chino, que había tomado a Hester por la novia esperada.

—Bueno; está bien. Déjanos en paz.

Mientras el chino se retiraba, siempre haciendo reverencias, Hester reflexionaba sobre lo ocurrido, y no tardó en comprender el significado de aquella absurda pregunta. La tristeza y la soledad de su acompañante le parecieron entonces lógicas y justificadas. Comprendiéndolo así, dijo con dulzura:

—No debí venir aquí.

—¿Por qué?

—Porque esta cena no era para mí, y mi presencia le entristece aún más.

Stephen hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Se equivoca—exclamó—. Lamento que esas palabras le hayan hecho atar cabos y que se sienta como el espectro de la fiesta por culpa mía. No debí mencionarlas. Perdone.

Los dos jóvenes guardaron un silencio embarazoso, que rompió él, para proponer:

—¿Quiere tomar el fresco mientras preparan un plato de estilo japonés?

Hester accedió y salieron al jardín. La sombra de la pagoda se extendía ante ellos, formando un paisaje encantador. La mu-

chacha comentó, impresionada por aquella belleza:

—Este jardín debe estar inspirado en un cuento oriental.

Los dos sentían la poesía de la noche, perfumada por la flor de loto. Su silenciosa contemplación fué interrumpida por la presencia del dueño del establecimiento, que anunció, con su eterna sonrisa:

—Señores, listo.

Otra vez frente a los bordados manteles y a los cubiertos con alegorías orientales, la conversación tomó un matiz más sereno y grave, lleno de profundos pensamientos.

—¿Tuvo usted alguna vez mucha fe en algo?—preguntó de repente Stephen.

—Pues claro.

—No en una persona —aclaró él—; en algo a que dedicar toda una vida.

Ella dudó. Se le escapaba el verdadero sentido de la pregunta de su acompañante. Por otra parte, prefería guardar silencio y oírle a él hablar. Se explicaba muy bien cuando hacía el análisis de sus más íntimos pensamientos.

—Yo tengo fe en mi Compañía —decía el muchacho con entusiasmo—. Lo que hago, no es sólo ayudarla a ganar dinero: ayudo a traer luz a China. Luz de las tierras de Occidente; luz que

alumbra el camino del progreso y mejore la vida de esta gente.

Ella le contempló admirada.

—Tiene usted más que ambición—le dijo—; tiene un ideal.

—Bueno, quizá se llame así —admitió Stephen—. Ahora mismo tengo un problema: el de mantener mi fama.

Y como Hester le diera a esa palabra su significado de «propia estimación», él prosiguió diciendo:

—Es algo más que eso. Su buen nombre, su dignidad y su amor en toda transacción con un chino, es toda su hombría, y si la pierde se hace despreciable.

—Pero ¿qué ha hecho usted para temer perder el puesto? —preguntó la muchacha.

—Salir del puesto para volver casado—respondió Stephen con amargura—. Si vuelvo solo, pierdo fama. Si una mujer planta a un hombre, es motivo de burla. Este es mi problema.

Y arrepentido de haber hablado de modo tan egoísta, agregó:

—Claro que usted también tiene el suyo: el de ganarse la vida.

Hester se encogió de hombros.

—De algún modo lo resolveré.

De pronto, Stephen se inclinó anhelante hacia ella, y la propuso, con un nuevo brillo en los ojos:

—¿Por qué no resolverlo juntos?

Y como la muchacha esbozara



un gesto de sorpresa y desagrado por aquella propuesta tan inesperada, trató de tranquilizarla:

—Ahora no se ofenda usted, si imagina lo que voy a hacer...

—Que piensa mantenerme para salvar mi caso—interrumpió Hester.

Pero él denegó con la cabeza, mientras continuaba:

—Usted y su caso me inspiran mucho más respeto. Lo que la propongo es una sociedad: usted forma un hogar y yo lo protejo. Si yo triunfo, habrá usted ganado la mitad de mi éxito; si fracaso, sólo puedo prometer una cosa: que jamás se avergonzará.

Y al decir esto la miró suplicante. Ella, entonces, dejó caer lentamente sus palabras:

—El matrimonio es una responsabilidad.

—Sí; lo he pensado durante tres años—contestó Stephen.

—Usted ha pensado en la responsabilidad suya, pero no en la mía—dijo vivamente la muchacha.

Él trató entonces de pensar en lo dura que era la vida en China, sobre todo para las mujeres. Pero no era eso, precisamente, lo que le importaba a Hester, que continuó diciendo:

—Usted es un idealista. Sufrirá.

—¿Es eso lo que la impide aceptar?—murmuró él, desconsolado.

—No. Es por eso por lo que acepto.

Stephen dió un salto en su asiento al escuchar aquellas palabras. Apenas podía dar crédito a sus oídos. Mientras tanto, Hester continuaba:

—Papá murió, y necesito alguien. No hablo de amor, que jamás lo tuve. Tengo fe en usted, porque usted tiene fe en algo. Yo creo que puedo ser útil y feliz con usted...

La alianza quedaba sellada. Se miraron los dos sonriendo, y parecía que las flores de loto que llenaban el jardín sonreían también...

### III

#### EN BUSCA DE LA FELICIDAD

EL carromato que conducía a Hester y Stephen había tenido que atravesar páramos inmensos, verdaderos desiertos helados, cuya contemplación ponía tristeza en el alma. Ni una sola persona ni un solo edificio en todo el camino; y, a su llegada, el modesto poblado que constituían la factoría de la «Oil Company» y las miserables viviendas de sus empleados.

A Stephen nunca le había parecido aquello tan desolado. Sus tres años de trabajo en China le habían acostumbrado al mismo paisaje, y solamente ahora, que le acompañaba su mujer, se daba perfecta cuenta de que la Siberia asiática no era realmente un paraíso.

—Ya hemos llegado—exclamó, saltando del carromato y ayudando a Hester para que hiciera lo mismo.

Salió a recibirles el chino King, un mozo simpático y gracioso, de

largos bigotes, que ejercía las funciones de criado de Stephen.

Ya dentro de la casa, Hester lanzó una mirada a su alrededor. El cuarto estaba lleno de polvo y trastos viejos, y hacía falta una cantidad considerable de buena voluntad para considerarlo como habitable. La muchacha se fijó en un jarrón con flores naturales que había sobre una mesa.

—¡Qué flores más lindas!—exclamó.

Stephen dijo con desconsuelo:

—Hasta ahora no había visto lo horrendo que está esto.

Y volviéndose hacia su mujer, la preguntó cariñosamente:

—¿Desanimada?

—Será un placer arreglarlo—contestó ella con una sonrisa.

—Bueno, siéntate y descansa del viaje—la invitó Stephen.

Y como ella hiciera ademán de sentarse sobre la única silla que había en la habitación, se lo impidió con una advertencia:



—No; en ésa, no, que está liada.

Stephen ardía en deseos de ofrecer a su mujer todas las comodidades posibles. La preguntó cariñosamente:

—¿Quieres una copita?

—No. Prefiero un vaso de agua—respondió ella.

—Bueno. La filtraré.

Marchó hacia la habitación inmediata; pero antes de llegar a ella se tropezó con King, al que se apresuró a enseñarle la distribución de las dos únicas habitaciones interiores de la casa.

—Aquí, mi señora—indicó—, y aquí mi cuarto.

A penas hubo desaparecido Stephen, cuando se abrió la puerta del exterior y aparecieron Jim y el jefe de la factoría, que se habían enterado de la llegada de su compañero y venían a felicitarle. Los dos hombres se quedaron un tanto confusos al ver a Hester, que los contemplaba con curiosidad. Por fin, Jim fué el primero que habló.

—Perdone—dijo—. Usted será la flamante señora Chase, ¿no?

—La misma—contestó ella—. Y usted es Jim, y usted es el jefe—agregó, volviéndose hacia el viejo funcionario, que la examinaba con ojo crítico.

El jefe llevaba un gran jarrón con delicados dibujos, que se apresuró a entregar a la muchacha.

—Tome, y mi enhorabuena—exclamó, estrechándola la mano.

La joven se lo agradeció con una sonrisa, mientras decía:

—Es nuestro primer regalo.

Observó atentamente el jarrón, y con la natural sorpresa vió que era una legítima obra de arte, perteneciente al más difícil de los estilos orientales. Aquella muestra del arte chino era apreciadísima en América. Y como el jefe de la factoría, a quien ella le comunicó sus observaciones, la preguntase por la fuente de sus conocimientos, repuso Hester:

—Mi padre me enseñó una fotografía. ¿Cómo se desprende de esto?

—¿Por qué no?—respondió el jefe—. Ustedes son jóvenes; pueden disfrutarlo muchos años.

—Sus sentimientos harán que lo disfrutemos aún más—dijo ella con clara expresión de agradecimiento.

Jim, que llevaba también un paquete bajo el brazo, se decidió a intervenir en la conversación:

—Yo traigo un regalo también—exclamó—. Costó diecisiete dólares. ¿No hay para mí una chispa de atención?

Hester y el jefe echaron a reír ante la salida del muchacho. Luego, ella desenvolvió el paquete, que contenía una preciosa cocktelera de plata.

—Este es un legítimo «Alma-

cenes Pérez»—dijo el empleado con tono de superioridad.

Las bromas de Jim habían creado entre los tres una fuerte corriente de simpatía, que se tradujo en grandes risas, que sorprendieron agradablemente a Stephen al regresar a la habitación.

Saludó a sus dos compañeros de trabajo; y Jim, al observar el traje confeccionado por el sastre de Yokohama, que llevaba puesto Stephen, le preguntó con sorna:

—¿Dónde te compras la ropa?

—En Londres—respondió Stephen, siguiendo la broma.

Su mujer se apresuró a enseñarle los dos regalos, primeros que recibían después de su matrimonio. Al ver el jarrón chino, Stephen hizo un gesto de sorpresa, y exclamó:

—Pero, jefe: este jarrón es el que le dieron a usted cuando...

Para cortar las expresiones de agradecimiento por parte de los dos esposos, el jefe se apresuró a despedirse. Mientras Stephen estaba distraído, oyendo a Jim una anécdota graciosa, Hester detuvo al jefe en la misma puerta del exterior.

—Antes de irse, voy a decirle algo—exclamó—. ¿Usted no aprueba que sus hombres se casen?

—No.

—¿Por qué?

—Porque aquí—respondió el jefe—, una mujer tiene que ser más hombre que su marido. Él trabaja, mientras ella espera. Así, su carácter se agria y mata el idealismo del hombre. Y aquí, un hombre sin ideales fracasa.

La explicación estaba dicha con el aire de ruda franqueza que caracterizaba al jefe de la factoría. Pero Hester no estaba conforme, ni mucho menos, con sus conclusiones, y repuso con profunda convicción:

—Stephen es un idealista.

Su interlocutor hizo un gesto de asentimiento. Nadie mejor que él, que llevaba tres años tratando a su subordinado, podía darse cuenta del magnífico espíritu que había mostrado en la dura lucha emprendida en las tierras de Oriente. Animada por aquel asentimiento, Hester prosiguió:

—Sí; Stephen triunfará.

—Es cosa de ustedes dos—aseguró el jefe.

Jim y Stephen, mientras tanto, habían puesto fin a su conversación y llegaba el momento de despedirse. Después de estrechar la mano a los dos esposos, salieron los dos visitantes, y desde la puerta Stephen gritó aún:

—Muchas gracias por el jarrón, jefe.

Los dos hombres se perdieron en la noche. Cuando Hester y Stephen se encontraron solos, preguntó él:



—¿Qué te ha parecido el jefe?

—Creo que es un buen hombre —respondió la muchacha.

—Sí, lo es—dijo él, convencido—. A nadie querría parecerme tanto.

Prosiguieron hablando. Trataban de resumir sus impresiones sobre la figura, un tanto extraña, del jefe de la factoría. Ella observó:

—Te quiere mucho, por lo que veo.

—Pues nunca me lo había dicho. Me alegra que le gustes tú.

—Ojalá sea así.

Languidecieron sus últimas palabras. Hester no sabía cómo encauzar ahora la conversación, y su marido, interpretando equivocadamente su silencio, la preguntó:

—¿Asustada?

—No. Tal vez un tanto perpleja.

El creyó haber adivinado la causa de aquella melancolía, que no podía disipar en su esposa. La interrogó con cariño:

—¿Crees que la vida te ha escamoteado esa parte sentimental?

—No lo sé—repuso Hester con aire meditativo.

Volvieron a quedar callados. Del exterior no llegaba el más ligero ruido, a pesar de encontrarse las ventanas abiertas. Parecía como si todo estuviera muerto a

su alrededor. Hester no pudo por menos de estremecerse.

—Espanta este silencio — exclamó.

—Bueno será que te hagas a la idea de esto—la indicó su marido—, porque dentro de un mes empieza a rugir el viento, y es para volverse loco.

—Pues, entonces—repuso ella, sonriendo—, voy a ir haciendo acopio de sueño para descansar.

Se separaron lentamente. Aun existía entre ellos algo falso, algo que no podían explicarse muy bien. Desde la puerta de sus respectivas habitaciones se dieron las buenas noches.

—¡Adiós!

El silencio les acompañó toda la noche en su vela inquieta. Hester sentía un poco de miedo. Aquel desierto inmenso de la Siberia...

Había empezado la época invernal. El huracán barría el terrible páramo, y la desolación era lo único que podía observarse en muchas leguas a la redonda.

Una llamada urgente a primera hora de la noche sacó de sus casas a los empleados de la «Oil Company». En la oficina de la entrada, Stephen y Jim trataban de hacer conjeturas sobre el inesperado aviso.

—¿Por qué nos llamarán? —decía Jim.

Se abrió la puerta del despacho

del jefe, y apareció éste en el umbral. Su rostro, siempre hosco, no dejaba adivinar cuáles eran sus sentimientos en aquel instante. Pero su voz, al pronunciar las primeras palabras, ya hacía observar que se trataba de algo importante.

—Les llamo — empezó — para decirles dos cosas.

Se volvió hacia Stephen, y le comunicó:

—Una buena noticia para usted. De Nueva York mandan diez mil de sus lámparas.

—Ya sabía yo que lo harían, jefe—exclamó el muchacho entusiasmado.

Sus compañeros le felicitaron efusivamente. Stephen no cabía en sí de gozo, hasta que el jefe cortó su entusiasmo.

—Por desgracia—dijo—, la lámpara no llevará su nombre.

Stephen no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero yo fui el que la inventé—exclamó indignado.

—Sin duda, Stephen—trató de calmarle el jefe—, y esto es un buen servicio de usted, que figurará en su hoja de servicios, y que la Compañía no olvidará. Ello representará para usted un ascenso y un aumento de sueldo.

Hizo una pausa y prosiguió, acentuando la gravedad de sus palabras, que adquirieron un tinte de tristeza:

—La otra noticia es que van a

reemplazarme dentro de dos o tres meses.

La sorpresa más viva se apoderó de todos sus subordinados.

—Pero, jefe — observó uno de ellos—, yo creía que le faltaban dos años para la pensión.

—Así es; pero me envían a los tanques de King-Nang.

Stephen no pudo contener su indignación al escuchar aquella noticia.

—¿Usted a los tanques?... No pueden hacer eso.

Pero el viejo funcionario conservaba, a pesar de todo, la serenidad y el tono de su voz, al hablar, carecía de inflexiones. Lanzó una mirada de reproche a Stephen por aquel grito de rebeldía, y le contestó:

—¿Por qué no han de hacerlo? En China hay una nueva era. Yo soy de los viejos. La culpa es mía, no de ellos. Los métodos han cambiado. Pero la Compañía no me abandona: no estoy despedido; es que ya no soy jefe. Esto es todo.

Y al decir esto, irguió la cabeza y se quedó mirando a sus empleados. Pero ninguno de éstos se movió. La mala nueva les había afectado demasiado para marcharse sin más comentarios. El viejo Dan, constantemente sentado en su escritorio, casi gritó, con lágrimas en los ojos:

—Pues, esté usted aquí o en los



tanques, siempre será el jefe para mí.

Por un momento pareció que la fortaleza del jefe de la factoría iba a derrumbarse, a consecuencia del mal rato que estaba pasando. Sin embargo, se repuso pronto, y dijo, con su acostumbrada voz agria y destemplada:

—No hay más. Tengo mucho que hacer; lo mismo que ustedes.

Y entró en su despacho. Un fuerte portazo indicó a sus subordinados que el viejo funcionario, injustamente relegado, trataba de ocultar en la soledad de su oficina la tristeza por abandonar aquel puesto, ganado a costa del esfuerzo de muchos años.

Stephen abandonó la oficina profundamente apenado por el relevo de aquel hombre leal y trabajador. En el camino hacia su casa fué comentando con Jim la cruel noticia.

—¿Cómo mandan a un hombre así a los tanques?

—Pues mandándole ir — contestó Jim, encogiéndose de hombros.

—¡Pero si no hay tal nueva era en China! Ha ganado millones para la Compañía...

—No tiene nada que ver con eras ni con sistemas. Es política de Nueva York.

Los dos hombres callaron, disgustados. Su sentimiento era sincero; e iban reflexionando en

aquella injusticia, cuando se dejó oír a sus espaldas la agitada voz del chino que desempeñaba en la factoría las humildes funciones de recadero.

—¡Vengan! ¡Por favor! ¡Vengan! — gritaba angustiado, el chino.

Los dos hombres, presintiendo algo terrible, echaron a correr hacia la factoría. Los hechos iban a demostrar que aquel presentimiento no era infundado.

\*\*\*

Aquella noche, Stephen volvió a su casa más tarde que nunca. Hester le acogió con el cariño acostumbrado, y le dijo con dulzura:

—La cena todavía está caliente. Querrás comer, ¿verdad?

Pero él no la respondió. Sin mirarla siquiera, pronunció las palabras con las que anunciaba la fatal noticia:

—El jefe se ha suicidado.

En efecto, el pobre hombre no había podido resistir a la idea de verse relegado y sometido al primer advenedizo que mandaran a ocupar su puesto. Cuando Stephen y Jim llegaron a la factoría, llamados por la voz del chino, era demasiado tarde. Aquella había sido la primera y la última rebeldía de un funcionario constante y leal hacia su Compañía.

Hester recibió la noticia y quedó anonadada. No podía artieu-

lar una sola palabra y permaneció mirando al vacío. Su marido, tomando aquel silencio como señal de indiferencia, gritó exasperado:

—¿Cómo no dices nada?

—Es muy horrible para hablar — contestó Hester, apenada.

Stephen apenas acertaba con el sentido de sus frases.

—Debemos enterrarle en una caja de petróleo — murmuró desolado—. No creo que a él le hubiese disgustado. Le parecía justa la Compañía, aun después de mandarle a los tanques. Sus últimas palabras lo prueban.

Vino a él el recuerdo de la última conversación sostenida en las oficinas de la factoría.

—La lámpara va sin mi nombre — prosiguió —; pero creía que la Compañía no me olvidaría, y que, tarde o temprano, sería recompensado. Si no lo hubiera creído, no lo hubiera dicho, ¿verdad?

Hablaba de un modo incoherente y excitado, y Hester, dándose cuenta del estado de sus nervios, le contestó apaciblemente:

—Seguro que no lo hubiera dicho.

Pero el asentimiento de su mujer no fué suficiente para calmarle. Se puso en pie y golpeó la mesa con el puño, mientras gritaba:

—Pero se equivocaba, porque

la Compañía no es justa ni es noble. ¿Cómo pudo faltar, si estaba empleado desde niño?

—Es que para una Compañía tan poderosa — observó Hester —, a veces los hombres no son más que números, y maquinalmente y por rutina se cometen injusticias.

—Una bonita explicación que nada explica — dijo él, malhumorado.

Quedaron en silencio. Solamente se oía el ruido producido por la mecedora de Hester, agitada por los movimientos de su cuerpo. Stephen no pudo por menos de gritar, ya furioso:

—¿Quieres dejar de mecerte?

Se fueron cada uno a su habitación. Echado de bruces sobre la cama, Stephen oía silbar el viento, el terrible viento de la Siberia que todo lo arrasaba. A su impulso, una de las ventanas de la casa se batía rítmicamente, y la impresión que causaba en el pobre muchacho fué casi enloquecedora. Lanzó un grito penetrante:

—¡Calla! ¡Calla!

No tardó Hester en acudir a su lado. Comprendía perfectamente el estado de ánimo de su marido, ganado por el dolor de perder a aquel hombre, que simbolizaba para él todo un ideal de trabajo y de lucha. Trató de tranquilizarle, acariciándole suavemente como a un niño.



—Le quería tanto...—murmuró el muchacho.

—Y él a ti también—recordó ella—. Creía que tú tenías su temple. Has de tenerlo; has de seguir teniendo fe.

—Tú no comprendes.

—Sí comprendo—siguió diciéndola—. Te ha hecho dudar de la Compañía y te ha quitado la seguridad. Te sientes abandonado, y no lo estás.

Y añadió, con el fin de levantar un poco su espíritu:

—Luchan centenares de hombres en China contra los bandidos, contra las fiebres, dando su vida por colocar el petróleo. Pero no lo hacen por dinero: lo

hacen porque creen que con el petróleo llevan la civilización.

Sus palabras trataban en vano de llegar al fondo de la fuerte voluntad que había sido siempre la característica de Stephen Chase. Este dijo con desaliento:

—Es difícil reaccionar. Sufro mucho, estoy disgustado y no suelo ser así.

—Ya sé que no—le respondió ella con una mirada dulce, que era su mejor consuelo.

Él levantó la cabeza. Por primera vez comprendió verdaderamente lo que era su esposa para él. Se abrazaron los dos, con lágrimas en los ojos, mientras fuera silbaba el espantoso viento de la Siberia.

#### IV

#### DESTERRADOS EN KING-NANG

HABIA llegado a la factoría el nuevo jefe designado por la Compañía para suceder al pobre hombre que no había podido sobrevivir a una injusticia. Stephen tuvo que ir a verle, y entró en la oficina con aire resuelto, pero llevando impreso en el rostro el desagrado que le causaba tener que someterse a una nueva autoridad.

El viejo Dan le saludó desde su mesa con la afabilidad de costumbre, y Stephen fué hacia él para inquirir noticias.

—Y el nuevo jefe, ¿qué tales?—le preguntó.

El hombrecillo hizo un gesto de desprecio, y resumió sus impresiones en una sola palabra:

—Sorbete.

Stephen hizo un gesto de disgusto y se encaminó hacia el despacho de su nuevo superior. Llamó con los nudillos, y recibió inmediatamente la respuesta:

—¡Adelante!

El nuevo jefe tenía modales

bruscos y desagradables. Parecía ser un funcionario rígido, que atendía, sobre todo, a los intereses de la Compañía, sin reparar en ninguna otra consideración.

Al saludo de Stephen respondió con una cortesía forzada:

—Hola, señor Chase. Siéntese.

El muchacho obedeció; e, inmediatamente, el nuevo jefe de la factoría fué derecho al fondo del asunto, sin perder el tiempo en circunloquios.

—Como usted es lo mejorcito que tengo—empezó diciendo—, voy a darle una estupenda ocasión de ser más o menos independiente, si es que acepta: quiero que se haga cargo de los tanques de King-Nang.

Stephen contestó reposadamente:

—Es una gran oportunidad. Le agradezco mucho que me lo ofrezca; pero me temo no poder aceptar.

—¿Por qué?

—Porque estoy a punto de ser



padre, y King-Nang no es lugar para llevar a mi mujer.

Al oír aquellas palabras, la cortesía del jefe se cambió en un gesto de mal disimulada cólera.

—Su mujer no atañe a la Compañía—exclamó alzando la voz—. King-Nang, sí. Y no le ofrezco el puesto: le mando que vaya. Esté dispuesto para su traslado.

Stephen se tuvo que morder los labios para no decir en voz alta todo lo que sentía. Pudo contenerse, sin embargo, y respondió, inclinando la cabeza:

—Está bien, señor.

Antes de salir del despacho, su superior le estrechó la mano, diciéndole al mismo tiempo:

—Buena suerte. Espero informes semanales.

—Los tendrá—respondió el joven.

Salió de la oficina, ganado por la indignación más profunda, a causa de lo que acababa de ocurrir. Al llegar a su casa, pudo observar desde la puerta una escena graciosísima.

El chino King estaba ayudando a Hester a devanar una madeja de lana. Mientras sostenía entre sus manos la lana, cantaba, con los ojos cerrados, una extraña melodía oriental, que causaba enorme regocijo a la muchacha. King, muy convencido de la importancia de su misión, continuaba entonando su cómico cantar, y, al final, las carcajadas unáni-

mes de Hester y Stephen, que entraba en aquel momento, fueron para él premio suficiente por su actuación.

La gracia de aquel momento disipó en parte el mal humor de Stephen, que besó cariñosamente a su mujer.

—Hola, querida—la dijo—. Me han jugado una mala partida.

Hester le miró alarmada.

—¿Qué ha pasado?

—Que me mandan a King-Nang. Es el puesto de más responsabilidad que me han dado.

Ella mostró su contento; pero Stephen la atajó:

—No te alegres tanto, porque no puedes ir.

—¿Por qué?

—Porque aquello es peor que esto. No hay comodidades, no hay médico; porque aquello es el último rincón de Siberia.

Stephen hablaba sin gran convencimiento, sabiendo de antemano que sería inútil hacer desistir a Hester de su anhelo de seguirle a cualquier parte que fuese. Con aire conciliador, la dijo:

—Pero has de ser razonable. Tú vas a Shanghay, donde hay un buen hospital, y cuando el pequeñito esté acostumbrado al mundo, podéis venir los dos a King-Nang.

—Quiero estar contigo—repetía obstinadamente Hester.

Fueron inútiles todos los argumentos. La esposa de Stephen

quería llevar hasta el límite el cumplimiento de sus deberes conyugales. Y a los pocos días, en uno de los incómodos carromatos empleados para el transporte del material de la Compañía, el matrimonio Chase recorría las tierras desoladas de la Siberia, hasta llegar a su nuevo destino de King-Nang.

El lugar, efectivamente, no tenía nada de hospitalario. Desde lejos, aun parecía un verdadero poblado, a causa de la vista de los inmensos tanques de petróleo de la «Oil Company», que daban una idea de febril actividad. Pero al llegar junto a ellos no se advertía la señal de la más mínima existencia humana.

La casa destinada a los recién llegados estaba absolutamente aislada de toda otra vivienda. El carro que los conducía se detuvo junto a ella, y Stephen, dolorosamente sorprendido por aquel aspecto sórdido, exclamó, con amarga ironía:

—Bueno. La casa está en un barrio muy tranquilo.

—Y el patio es estupendo—agregó Hester, decidida a acoger jovialmente cualquier dificultad que se les presentase.

Se dispusieron a bajar del incómodo vehículo. Stephen tenía toda clase de consideraciones hacia su mujer, cuyo delicado estado podía sufrir, con aquel medio de locomoción tan primitivo.

Ella llevaba entre los brazos el magnífico jarrón, regalo del difunto jefe de la factoría. Era un recuerdo constante, cuya delicadeza no podía Stephen por menos de observar y agradecer.

Entraron en la casa. Por todas partes, polvo y telarañas. Una mesa y un par de sillas desvencijadas era todo el mobiliario que se encontraba a la vista. Oprimía el espíritu observar tanta miseria.

—¡Oh, querida!—dijo Stephen—. Sólo falta una cosa para acabar de arreglar esto: una hermosa momia en aquel rincón.

Y, fijándose en los demás detalles deprimentes de su nueva morada, continuó:

—¿Cómo puede ensuciarse tanto una casa?

—Yo te aseguro que la limpio—aseguró Hester con toda energía.

—¿De veras crees eso?

—Pues claro que sí. Pondré unas cortinitas, y las pintaré como las otras. Ya verás: seremos más felices que un ratón en el queso.

Se abrazaron cariñosamente. A pesar de todos los inconvenientes y de todas las incomodidades, no tenían más remedio que pensar que ellos eran jóvenes y tenían un cariño para endulzar su vida. Stephen, dándose a sí mismo nuevos ánimos, dijo con exaltación:

—Sí, una nueva vida empieza ahora para nosotros. Pronto tendremos algo más en qué pensar.



Tendremos que pensar en nosotros y en nuestro hijito. Yo prosperaré en la Compañía, y así podremos guiarle en los pasos difíciles; y algún día...

Hester interrumpiéndole sonriendo:

—¿No se te ha ocurrido pensar que el pequeñuelo podría ser pequeña?

—No estaría demás — contestó él —, porque no habría bastantes Hester en el mundo.

La compenetración más absoluta reinaba decididamente en el improvisado matrimonio Chase.

...

Llegó, por fin, el día tan deseado y tan temido a la vez, en que debía venir al mundo el primer vástago del feliz matrimonio. Hester sufría pacientemente horribles dolores, mientras Stephen, junto a su cama, se paseaba presa de la mayor nervosidad, en espera de la llegada del médico, al que había ido a avisar el chino King.

—King debía estar de vuelta con el médico — murmuraba impaciente—. Tú estarías más tranquila.

—Puedo asegurarte que no estoy preocupada — contestaba ella.

En efecto, Hester conservaba toda su serenidad en aquel momento difícil, y trataba de no crear más dificultades a su mari-

do. Éste se inclinó sobre ella, cariñoso:

—No tienes miedo, ¿verdad?

—Estando tú conmigo, no.

De todas formas, cada vez se hacía más precisa la presencia del médico. Stephen se aproximó a la ventana para ver si le veía llegar a lo lejos, y entonces presencié algo que le dejó aterrado. De los inmensos tanques de petróleo, cuya silueta imponente destacaba en la oscuridad de la noche, se elevaba una columna de humo que no presagiaba nada bueno. Stephen murmuró con temor:

—Ese humo negro...

A través de su estado casi inconsciente, Hester pudo percibir aquella frase de su esposo, y trató de incorporarse, mientras preguntaba alarmada:

—¿Arde el petróleo, Stephen?

—No, no — la tranquilizó él —. Estarán quemando residuos. Si fuera un tanque, habría diez veces más de humo.

Y, acudiendo a su lado, prosiguió, tratando de hacer aparecer con inflexiones tranquilas el tono de su voz:

—No te preocupes: no hay petróleo, en toda la China, que valga tanto como tu tranquilidad. Anda, toma un poco de esto.

Hester bebió obedientemente la infusión de té, preparada por su marido. Mientras tanto, el humo aumentaba de una manera alar-

mante, y Stephen, que se daba cuenta de ello, continuaba hablando sin parar:

—Oye, cuando uno está alicaído, conviene recordar las cosas agradables. ¿Recuerdas cuando descubrimos que nos queríamos?

Llamaron de pronto a la puerta exterior de la vivienda. Stephen dió un salto de alegría y se precipitó a abrir, mientras exclamaba:

—¡El médico!

Pero, en lugar del doctor que esperaba, se encontró con un chino, encargado de llevar las órdenes del jefe de los tanques. Venía agitado y pálido, y apenas vió a Stephen, exclamó:

—¡Que fuego *estar* cerca tanques!

El problema era uno de los más terribles para el muchacho. En su indecisión, no se le ocurrían más que ideas provisionales.

—Dígale que no puedo ir ahora — le ordenó al recadero—. Diga al jefe que cave un foso alrededor del tanque.

El chino le miró estúpidamente y echó a correr, mientras repetía aquella orden, incomprensible para su limitada inteligencia:

—Sí..., alrededor tanque..., claro; ya sé...

Con sus nerviosas idas y venidas, Stephen no conseguía otra cosa que desesperarse. Por fin, se oyó el trotar de unos caballos, y

a los pocos segundos irrumpía en la habitación el criado King, seguido por el médico: un hombrecillo pequeño, de aspecto inofensivo, con gafas, y con unos modales amables y simpáticos.

—¡Gracias a Dios que ha venido, doctor! — exclamó Stephen, algo aliviado de su preocupación.

—¿Llego a tiempo? — preguntó el médico.

—Sí; ahí está — respondió el muchacho, señalando a la habitación donde se agitaba quejumbrosamente Hester.

El simpático doctor empezó a examinar cuidadosamente a la paciente. Stephen le preguntó afanosamente:

—¿Puedo ayudarle en algo, doctor?

—Sí; puede dejarme solo — fué la brusca respuesta.

—Comprendo — dijo Stephen —. Le pongo a usted nervioso, ¿eh?

—No; yo le pondría a usted. Salga, salga.

El muchacho tuvo que resignarse a permanecer en la habitación inmediata, paseándose de un lado para otro y lanzando de vez en vez miradas inquietas por la ventana. Al poco rato se le reunió el médico, que, sin decir palabra, sacó una baraja del bolsillo y se puso a hacer solitarios con toda tranquilidad.

Stephen, que no podía comprender aquella inacción, le interpeló, casi gritando:



—Pero ¿no puede usted hacer nada?

—Sí; esperar—respondió, con toda su flema, el médico.

En aquel momento volvieron a llamar a la puerta. Era otro emisario chino, portador de un mensaje, que entregó a Stephen. Este lo desdobló, y pudo leer angustiado:

«Urgentísimo.—Capataz rehusó asumir responsabilidades de dar órdenes. El fuego se agrava. No hará destruir viviendas sin que usted no venga antes y lo ordene.»

Stephen iba a dar una orden; pero tuvo una inspiración, y se dispuso a entrar en el cuarto de Hester, no sin preguntarle antes al médico:

—¿Puedo entrar, doctor?

—Prefiero que no entre.

El tiempo apremiaba cada vez más, y el muchacho tenía que tomar una iniciativa. Con la desesperación más profunda, pintada en su semblante, se dirigió al médico y le dijo en tono exaltado, como si quisiera justificarse:

—Tengo que irme. Soy responsable de estos tanques, y pueden volar, en un segundo, millares y millares de barriles. Tengo que irme, ¿no lo comprende usted?

Y añadió, señalando a la puerta cerrada de la habitación de su mujer:

—Estará bien, ¿verdad?

El hombre a quien iba dirigida

aquella pregunta se encogió de hombros, como si quisiera declinar toda responsabilidad en el asunto. En el mismo momento se dejó oír una tremenda explosión, y aquello acabó por decidir a Stephen.

—¡El tanque de reserva!—gritó—. ¡Y a cincuenta metros de los grandes!

Se colocó encima su abrigo de pieles, y, dirigiendo una última mirada a la habitación de Hester, abandonó la casa. En la lejanía, los tanques de petróleo resaltaban en la noche, iluminados por una inmensa hoguera.

\*\*\*

Pocas horas después, todo había terminado. Se habían tenido que sacrificar las modestas casas de los chinos que existían en los alrededores de los depósitos, y los habitantes pasaban con sus míseros ajuarés a cuestras, salvando lo más indispensable de cada vivienda.

A pesar de aquel cuadro de lastimosa desolación, Stephen hablaba satisfecho con el capataz de los tanques y con el jefe inmediato de la Compañía, que había acudido al aviso de la posible catástrofe.

—Bueno; se salvaron los tanques—dijo el muchacho, con un suspiro de alivio.

—Sí—asintió el jefe—. Por valor de treinta mil dólares de petróleo. Pero temo que tendrá que

responder a algunas preguntas. ¿Por qué demoler aquellas chozas que la Compañía tendrá que pagar muy caras? ¿Cómo no las regateó antes?

—Si me entretengo en regatear—respondió él con impaciencia—, sabe Dios dónde estarían los tanques.

—¡Ojalá la Compañía lo vea así! Usted hizo lo que debía, pero sin órdenes, y, a veces, eso no gusta en Shanghai.

Stephen decidió cortar por lo sano aquella estúpida discusión.

—¿Dónde están los caballos? preguntó, disponiéndose a marchar.

—En el establo que ardió—le respondió el capataz.

—¡Ah! Pues entonces me iré a pie.

Pero todavía el jefe le retuvo por un brazo para recordarle:

—Tendremos que hacer el inventario; si no lo hacemos ahora, no saldrá bien.

—Hágalo usted; yo tengo que ir a casa—repuso Stephen, emprendiendo malhumorado el camino de retorno.

Cuando, después de dos penosas horas de marcha, abrió la puerta de su casa, vió al doctor

sentado en su filosófica postura de costumbre, con una expresión grave en el rostro.

—¡Hola, doctor!—exclamó Stephen—. Vine todo lo pronto que pude; tuve que venir andando. ¿Cómo está?

—Durmiendo.

—¿Y mi pequeño?

El médico se levantó, y fué hacia él con un gesto que quería ser de consuelo.

—¡Muerto!—exclamó—. Me hizo usted falta...

Stephen quedó anonadado. En unos minutos se había derrumbado la mayor ilusión de su vida. Con paso incierto, se dirigió a la habitación de Hester; pero la voz del médico le detuvo antes de llegar a ella.

—Yo no entraría—observó el doctor—. Estará durmiendo algunas horas.

Y como observase el estado decaído de Stephen, trató de consolarle:

—Vamos, sea fuerte—dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Recemos por el ángel que acaba de morir.

Y los dos hombres, en silencio, pensaron, emocionados, en el malogrado hijo de Stephen Chase.



## V DESAVENENCIAS

POCOS días después, Stephen volvía a su casa, de regreso de su trabajo, y el chino King le advirtió al entrar:

—La señorita, *levantar* hoy.

Lleno de alegría, Stephen entró en la habitación de su mujer. Llevaba en los brazos un perrillo de lanas, de gracioso aspecto, que acababa de comprar.

Junto a la ventana de su habitación, Hester miraba hacia fuera, triste y pensativa. Apenas contestó al saludo cariñoso de Stephen, que puso en su regazo al perro, mientras le decía:

—¡Hola! Mira lo que te traigo. Es precioso, ¿verdad? Y aun no tiene nombre; sabía que tú querrías bautizarlo...

Hester permaneció silenciosa. Cada palabra de su marido no hacía más que recordarle la tragedia que pesaba sobre su alma. Aco-  
gió con indiferencia las frases de Stephen, que proseguía alegremente:

—Buenas noticias. Recibí carta

de Jim. Terminó su contrato y viene a visitarnos. ¡Qué alegría volverle a ver! Ahora podremos volver a jugar a las cartas. ¿Recuerdas aquella vez que quiso endosarme una carta mala?...

Pero sus palabras se perdían en el vacío. Hester se incorporó de repente, y, devolviéndole el perro a su marido, exclamó:

—Toma el perro. No lo quiero.

Sorprendido dolorosamente por aquella salida de su mujer, Stephen la preguntó con tristeza:

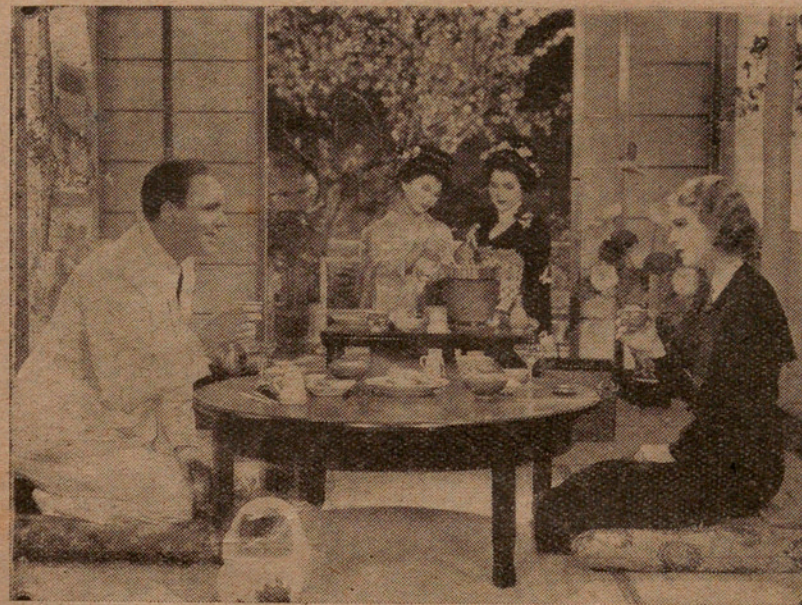
—Hester, ¿por qué no puedo hablarte?

—Probablemente, porque no hay nada que decir —respondió ella.

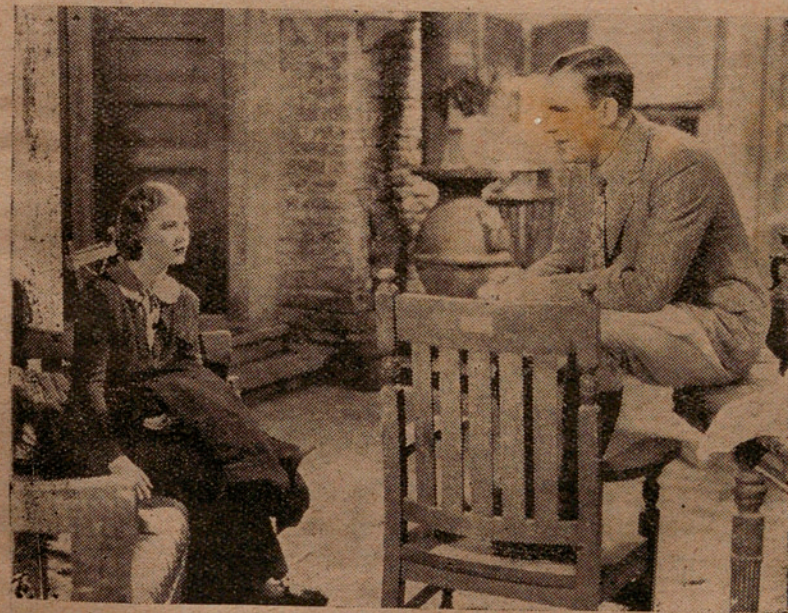
—No. Tú has cambiado. Tú no eres ya la misma.

—Aquella noche, mientras tú apagabas el fuego —contestó Hester con el mismo tono monótono de voz—, algo se apagó dentro de mí...

Quedaron callados los dos. El

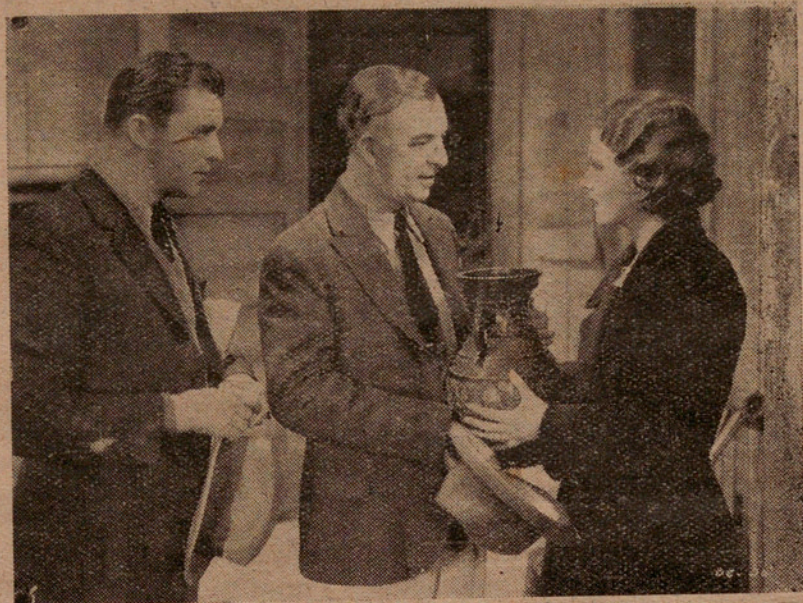


—¿Va usted a seguir sola?—preguntó Stephen con interés.



—¿Desanimada?





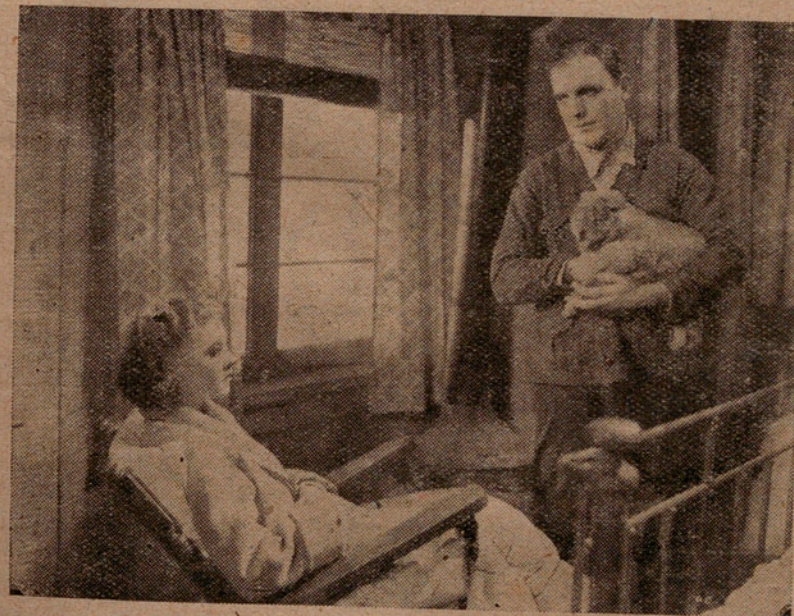
—Mi padre me enseñó una fotografía. ¿Cómo se desprende de esto?



El chino King estaba ayudando a Hester a devanar una madeja de lana.

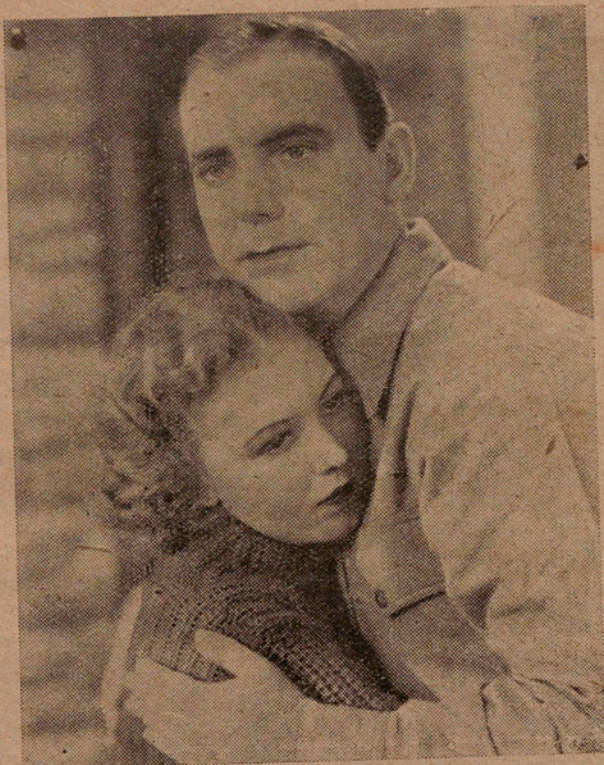


—Bueno; la casa está en un barrio muy tranquilo.



—Hester, ¿por qué no puedo hablarte?

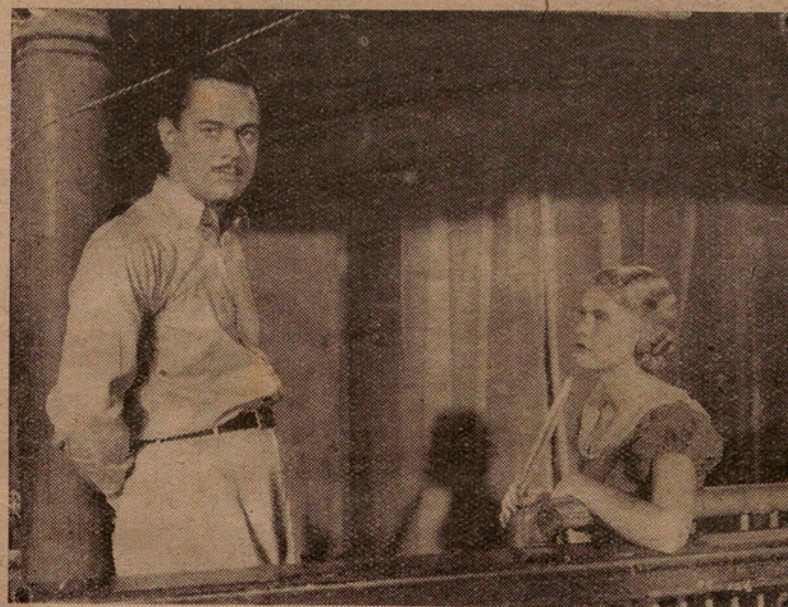




— ¡T e m í a haberte perdido!



— ¡Qué no daría yo por un día en Nueva York!



— Después de malgastar cinco años de mi vida, han de enviar a Chase a enseñarme el asunto.

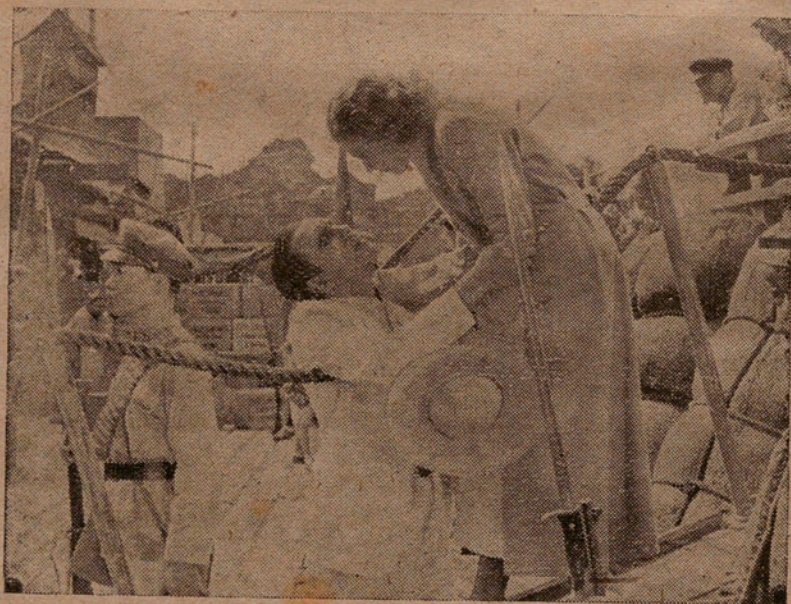


— ¡Pobre hijo mío!





—Fíjese usted en sus caras; de cariño no son.



—Stephen, no quiero dejarle de este modo.

## LO QUE NOS DICEN...

### Társila Criado nos habla de su entrada en el "cine" y de su amor al teatro

Pocas veces nos habremos encontrado en los escenarios españoles una actriz que posea la expresiva fuerza dramática de Társila Criado. La hemos visto representar, al frente de su compañía, obras de recia envergadura, donde el talento de la protagonista tenía que suplir dificultades enormes de orden escénico. Társila Criado salía de todas sus empresas con su aureola aumentada por el nuevo éxito y premiada por los aplausos unánimes de sus espectadores.

Ahora, recientemente, Társila ha debutado en el «cine». Su obra de presentación ha sido *La Malquerida*, adaptación cinematográfica de la obra de don Jacinto Benavente realizada en los Estudios Orphea, de Barcelona, por Ulargui Films, bajo la dirección de José López Rubio.

Todas las noticias que hemos recibido del rodaje de la mencionada producción, que se estrenará próximamente en Madrid, nos hablan de la maravillosa labor llevada a cabo por Társila Criado, encarnando el papel de la protagonista.

Para que nos hable de todo esto y nos cuente sus impresiones ante la cámara cinematográfica, vamos a buscarla al escenario del teatro de la Comedia, donde su compañía ensaya con toda intensidad, antes de

salir para provincias, donde piensa efectuar una larga temporada.

La acogida de Társila es amable y cordial. En el escenario, desnudo de diabluras y bambalinas, sus palabras tienen mayor va-





lor de evocación. Parece que se analizan mejor los conceptos de arte, de teatro, de cinematógrafo, de éxitos, de aplausos...

Sus palabras son claras y precisas:

—¿Cómo fué su paso del teatro al «cine»?

—Ha sido muy reciente este paso. Hace unos meses me contrataron para representar el papel principal de *La Malquerida*, que es mi primera película.

—¿Piensa volver a la escena?

La pregunta se hace innecesaria en el ambiente en que nos encontramos. No es que Tarsila Criado piense volver a la escena, sino que ya está en ella, ensayando y preparando una nueva campaña teatral.

—De la presunta rivalidad entre el arte teatral y el cinematográfico, ¿qué opina usted?

—No puede existir esa rivalidad, ni puede admitirse la comparación. En todo caso, se afirma para mí la superioridad del teatro acaso por ese cariño que le tengo, logrado a través de mi carrera.

—¿Tiene alguna predilección entre los artistas españoles de «cine»?

—Imperio Argentina.

—¿Y entre los artistas extranjeros?

—Greta Garbo.

—Si volvieran los tiempos del «cine» mudo, ¿le agradaría trabajar ante la cámara?

—Desde luego, no. Creo, sobre todo, en la palabra como medio de expresión, y lo que se consigue con la voz no puede alcanzarse con el gesto solamente. El «cine» sonoro es algo maravilloso.

—¿Qué piensa usted del porvenir del «cine» español?

—Tengo gran confianza en su mejoramiento. En todo caso, hacen falta directores, y la técnica tiene todavía que aprender mucho. En lo futuro, puede lograrse algo mucho mejor de lo que hay hasta ahora.

—Hábleme de su próxima película.

—No tengo ninguna en proyecto. Empieza ahora mi temporada teatral, y tengo que pensar únicamente en la escena. Respecto a *La Malquerida*, ya terminada, tengo que decir que estoy satisfecha de mi trabajo en ella, y que admiro la organización de la marca Ulargui, que se ha puesto de relieve en estas últimas producciones.

—Su vida diaria, ¿cómo es?

—Eminentemente burguesa. Hago lo posible por huir de la bohemia y por buscar la tranquilidad. Suelo leer mucho, y el estudio de mis papeles me lleva casi todo el tiempo que permanezco fuera del escenario.

La entrevista toca a su fin. Tengo que dejar ensayar a Tarsila, y me apresuro a despedirme de ella. Antes, la pregunto si tiene alguna anécdota interesante, como es de ritual en toda entrevista; pero la gran actriz no recuerda en este momento nada de particular.

Unas frases amables por su parte, y continúa el ensayo, lento y fatigoso, en estas primeras horas de la tarde de un terrible día de agosto en Madrid.

JOSE M.<sup>a</sup> DE VEGA

recuerdo de lo irremediable cruzó por sus mentes. La causa de su desunión era demasiado grave para encontrarle una fácil solución.

La tirantez del momento fué rota por King, que preguntó desde la puerta:

—¿Usted venir a comer?

Mientras Stephen, sin hablar palabra, se sentaba a la mesa, llamaron a la puerta. Fué a abrir King, que volvió con un papel en la mano.

—Telegrama para el señor —anunció.

Stephen lo abrió, mientras su mujer se sentaba a la mesa, también en silencio. El telegrama estaba concebido en estos términos:

«Persónese ante mí, en Shanghai, el 18, para explicar destrucción no autorizada de propiedades indígenas durante el incendio.»

Lo firmaba el jefe de la sucursal de Shanghai.

Unas palabras de Stephen bastaron para que King se dispusiera a preparar el equipaje con toda la premura que el caso exigía. Entretanto, Stephen comentaba en voz alta:

—Puede ser una mancha en mi hoja de servicios, aunque hice una cosa bien.

Hester no pudo contenerse ante aquellas palabras, y le interrumpió indignada:

—¿Puedes sacrificar a tu hijo por dos tanques de petróleo, y luego ser tan servil que digas que está bien? Debes llevar una chapa de esas que pertenecen a la Compañía. Dejaste la mayor obligación que puede tener un hombre.

—Tú no tienes derecho a hablar así, siendo mi mujer—gritó exasperado Stephen.

—Yo no soy tu mujer; soy madre de un hijo al que mató tu lealtad a una Empresa. Te llama la Compañía para responder de una pérdida, y tienes miedo; pero no lo tienes para responder ante Dios de lo de tu hijo. ¿Qué clase de hombre eres?

El reproche de su mujer le dolía a Stephen como un latigazo. Tenía ya en la punta de la lengua una respuesta viva y enconada, que hubiera envenenado más las cosas; pero el chino King irrumpió en la habitación y advirtió, dirigiéndose a él:

—Usted no *cogel* el barco de Shanghai si no *salil* ahora.

Stephen se puso en pie. Arregló nerviosamente sus cosas de viaje y se volvió hacia ella, con gesto suplicante:

—No quisiera irme así, Hester.

—¿Pero te vas acaso?—preguntó ella indiferente.

—Es mi deber, y voy a cumplirlo. ¡Adiós!

Y ya desde la puerta, se volvió



para hacer la más difícil de las preguntas:

—¿Estarás tú aquí cuando yo vuelva?

La respuesta salió rápida de los labios de Hester:

—Probablemente, no.

Él bajó la cabeza y se dispuso a marchar. Apenas se le oyeron sus últimas palabras, que no eran más que la dirección de un hotel en Shanghai. Por si acaso las cosas eran irremediables...

\*\*\*

En las oficinas de la «Oil Company», en Shanghai, Stephen estaba sometido a un verdadero interrogatorio, para responder al cual tenía que echar mano de toda su paciencia. Un jefe suspicaz y huraño le reprochaba severamente:

—El destruir aquellas chozas fué una inconcebible precipitación. Usted no debió hacerlo sin órdenes de la Compañía.

—Las destruí para aislar el fuego—replicó Stephen—. El fuego habría destruído los tanques; no cabía tiempo para esperar órdenes.

La contestación del jefe fué, en parte, tranquilizadora:

—No le pido explicaciones. Esto ha costado mucho dinero; mas la Compañía es magnánima y no se lo tendrá en cuenta. No obstante, espero que será más comprensivo en lo sucesivo, y que re-

sarcirá a la Compañía del gasto que ha efectuado, siendo usted más eficaz en sus trabajos. Nada más. Buena suerte.

Aquello podía interpretarse como una despedida, y, comprendiéndolo así, Stephen abandonó el despacho de su jefe. Por aquella vez, la Compañía le había perdonado.

\*\*\*

La reconciliación quedaba sellada con aquellas palabras de Hester. Otra vez podían ir los dos esposos en busca de la felicidad y encontrarla de nuevo, a pesar de todo lo pasado.

Sentados ante la mesa, ella explicaba lo que había ocurrido en aquellos días de ausencia de Stephen:

—Jim, sólo estuvo dos días, y marchó a América.

—¿Cuándo piensa volver?—preguntó él.

—Se queda. Deja la Compañía.

Stephen quedó absorto ante aquella noticia.

—¿Deja la Compañía a los cinco años?—preguntó, no queriendo dar crédito a sus oídos.

—¿Y por qué no? Jim es joven, inteligente, tiene personalidad y debe triunfar.

—Ya lo sé—replicó Stephen—; pero en la Compañía habría llegado a algo.

—Dijo que para donde iba a llegar no valía la pena tanto sa-

crificio. Imagínate: está en Nueva York oyendo conciertos, yendo a cines y teatros. ¡Qué no daría yo por un día en Nueva York!

Al decir esto, a Hester le brillaban los ojos, como si fuese aquella la mayor ilusión de su vida. Su marido la contempló un momento sonriendo, y, en respuesta a su última exclamación, la preguntó:

—¿Darías un beso?

Por toda respuesta, Hester se arrojó en sus brazos y le dió un beso rápido y casi furtivo. Stephen fingió una desilusión:

—¡Vaya un beso! Pero, en fin, iremos. El trato es el trato.

Hester no podía creer lo que estaba oyendo.

—No hablas en serio—exclamó:

—¡Y tan en serio! Para mis vacaciones.

Y como Hester no acabara de convencerse de aquéello, agregó:

—Puedes considerarte paseando por el Central Park. Iremos a Nueva York.

Los dos esposos, corriendo como unos chiquillos, no hacían más que repetir:

—¡Nos vamos a Nueva York! ¡Nos vamos a Nueva York!

Y como en aquel instante apareciera en la puerta el chino King, con su expresión cómica de siempre, Stephen le dijo:

—King, ¿sabes una cosa?

A lo que respondió el oriental, muy satisfecho y dando muestras de haber escuchado detrás de la puerta toda la conversación:

—Sí. Usted *il* a Nueva York.



VI

PROPOSITOS Y REALIDADES

MÚSICA, flores, trajes de noche, luces... Todo eso fué para Hester el tiempo que pasaron en Nueva York; momentos alegres y despreocupados, sin que apareciera para nada ante ellos el fantasma de China, con sus momentos difíciles y peligrosos.

Sentados en el comedor del Hotel Plaza neoyorquino, los dos esposos comentaban el encanto de aquellos días, y Hester decía extasiada:

—Cuanto más tiempo llevamos en este hotel, más me gusta.

—¡Bravo! — respondió Stephen—. Lo compraremos y nos lo llevaremos a China.

—Quizá no fuera tan lindo con Nueva York al fondo.

—Entonces, compraremos Nueva York.

Un botones, correctamente uniformado, se acercó a ellos, diciendo:

—Usted perdone. La esperan en el vestíbulo.

El recado iba dirigido a Hester

solamente, cosa que extrañó sobremanera a Stephen, ya que no conocían a nadie en Nueva York. Se levantó para seguirla; pero su mujer le contuvo con una sonrisa:

—No te molestes. Sigue tomando café; será un instante.

En el vestíbulo, Hester fué abordada por un individuo, que la dijo, mientras le daba un sobre cerrado:

—Buenas noches. Me mandan entregar esta carta personalmente.

Y, haciéndole un cortés saludo, abandonó el hotel. La carta llevaba el membrete de una firma comercial neoyorquina, y enteraba a Hester de que se estaban realizando las gestiones iniciadas por ella y encaminadas a conseguir un empleo adecuado en Nueva York para Stephen. Ella no quería que su marido volviese a la lucha ardua de las tierras siberianas, y hacía lo posible por su parte.

Ya de vuelta en el comedor, Hester disimuló perfectamente ante su marido.

—¿Quién era? — le preguntó él, intrigado.

—Uno que buscaba a una señorita Chase. ¡Qué desilusión al ver una señora Chase!

—Sí, quizá; pero yo te prefiero a esa señorita Chase, sea quien sea.

La orquesta tocaba, en aquel momento, un fox. Mezclados entre las parejas de bailarines, continuaron hablando; y como Stephen recordase, de repente, que al día siguiente tenía que ir por su oficina a renovar el contrato, Hester le preguntó alarmada:

—¿Pero hemos de volver?

Stephen asintió, sorprendido de que hubiese alguna duda sobre sus propósitos en aquel sentido. Y ese momento fué el elegido por su mujer para empezar a desarrollar su campaña contra la vuelta a China.

—Supongo que no crees en la intuición de una mujer—le dijo—. Jim hizo muy bien en abandonar China y la Compañía, y creo que tú debes también hacer lo mismo.

—Yo voy avanzando—replicó Stephen.

—Pero en China eres un número. Aquí tendrás un nombre; y eso significa éxito, felicidad, reconocimiento...

Stephen no acababa de conven-

cerse. La «Oil Company», todavía significaba mucho para él.

\*\*\*

En un suntuoso despacho, el director de la «Oil Company» despachaba su correspondencia, interesante y numerosa. De pronto, se acordó de algo, e hizo venir a uno de los altos jefes de la Casa, con el que le unía, además de los lazos comerciales, una fuerte amistad. Cuando se presentó su subordinado y amigo, le preguntó:

—¿Tú eres quien recibe los informes de Oriente, verdad?

—Y quien se los lee de cabo a rabo — contestó el otro con una sonrisa.

—¿Sabes algo de un tal Chase?

—¿Stephen? Sí; excelente muchacho. Conoce bien los métodos de China. Precisamente pensaba mandarle a Chong-Nang, a ver si arreglaba aquello.

—Me alegro saberlo, porque ha de renovar su contrato. Ahí está.

En efecto, en la antesala próxima estaban Stephen y su mujer; pero no con las intenciones que le atribuían los magnates de la Compañía, sino todo lo contrario. Mientras los jefes se ponían de acuerdo para no dejar escapar a aquel auxiliar tan valioso, Hester le decía a su marido:

—No te eches atrás. No firmas, ¿eh?

Stephen hizo un gesto negati-



vo. Por fin, había triunfado la idea de su esposa, y el matrimonio se proponía, desde entonces, residir en Norteamérica.

La espera se iba prolongando; y, en aquellos momentos, un hombre de aspecto derrotado se acercó a la empleada encargada de introducir las visitas.

—Siento seguir molestándola —la dijo—; pero ¿me sería posible ver hoy al señor director?

—Está muy ocupado, y lo estará durante toda la semana—respondió la interpelada.

Haciendo un gesto de resignación, ya iba a retirarse el recién llegado, cuando Hester y Stephen le reconocieron.

—¿No es ése Jim?

El encuentro de los dos antiguos compañeros fué emocionante. Jim iba mal vestido y con todas las trazas del hombre a quien no le van muy bien los negocios. Stephen pudo hacerle, por fin, la pregunta que deseaba:

—¿Por qué has abandonado la Compañía?

Jim hizo un gesto vago, y comenzó a hablar con amargura de su vida en Nueva York, que estaba muy lejos de ser tan brillante como Hester la había supuesto.

—Fracasé—comentó tristemente—. El único puesto que he tenido ha sido en la cola del pan.

—Pero tú sabes de negocios —objetó Stephen.

—Sí, pero es a base de méto-

dos chinos, no americanos. Sólo hay un sitio en el mundo donde aplicar lo que yo sé, y es donde lo aprendí: en China. Después de estar allí, no te debes volver, o te mueres de hambre.

La confesión de Jim estaba impregnada de la más amarga tristeza por su fracaso. Hester y Stephen, dolorosamente sorprendidos por la mala situación de su amigo, quedaron silenciosos, y la penosa pausa fué interrumpida por la voz de la empleada, que anunció, dirigiéndose a Stephen:

—El señor director le espera, señor Chase.

Cuando el muchacho entró en el despacho de su jefe se había formado ya un firme propósito. La promesa hecha a su mujer quedaba anulada por las palabras pesimistas de su amigo Jim. Firmaría nuevamente el contrato.

\*\*\*

Chong-Nang era uno de los sitios más peligrosos del Extremo Oriente. Su situación geográfica le convertía en lugar propicio a todos los desmanes de los bandoleros chinos, que hacían frecuentes incursiones por sus alrededores. Por otra parte, el clima era uno de los más duros de China, y llegaba a hacer insoportable la vida en él.

La «Oil Company» tenía allí una de sus más fuertes sucursales, y al frente de ella estaba co-

locado uno de los empleados más activos de la Empresa, llamado Dom, que vivía en el mismo edificio donde estaban instaladas las oficinas, acompañado de su esposa, Alice, una rubia melancólica, de una belleza marchita ya por las inclemencias de una vida llena de trabajo y afán. El matrimonio tenía un hijo de pocos años, llamado Bunning, que era su única alegría, en medio de tantas contrariedades.

Asomado al largo balcón de madera de su casa, sobre una calle llena, a todas horas, de gente pintoresca y gesticulante, Dom conversaba con su esposa sobre diversos incidentes de su vida ardua y monótona. Sus palabras, en aquellos momentos, estaban llenas de un resentimiento poco disimulado.

—Después de malgastar cinco años de mi vida—decía—, han de enviár a ese Chase a enseñarme el camino. No me parece que la Compañía se porta bien.

—Pero tienen una buena excusa—replicó Alicia—. Nuestras ventas han bajado mucho. No se vende nada, y me gustaría que ese Chase lo hiciera mejor, porque con las malas cosechas...

—A mí no me gustaría—le interrumpió Dom—, porque, si lo hace, yo puedo ir preparando el equipaje y buscar otra cosa.

Callaron un momento, pensando en aquella triste posibilidad.

Las palabras salían de sus labios con dificultad, resecos por el inmenso calor que padecían. Dom advirtió a su mujer:

—Toma algo de quinina, que hay mucha malaria.

—Ya estoy harta de quinina—replicó ella.

—Se siente como una campana en los oídos, ¿eh?

—Es como vivir en una catedral.

A los pocos días tuvieron ocasión de conocer al matrimonio Chase. Los dos hombres y las dos mujeres cenaron juntos la primera noche, y charlaron amigablemente de sobremesa. Alicia no hacía más que dirigir miradas de curiosidad y envidia a la ropa de Hester, que se acababa de equipar en Nueva York. Por fin, no pudo contenerse y expresó en alta voz sus pensamientos:

—Daría cualquier cosa por un vestido así. Toda mi ropa tiene más de cinco años.

—Yo se la prestaré, señora—respondió Hester amablemente—, para que un sastre chino se la copie.

La mujer de Dom suspiró:

—No debiera aceptarlo; pero lo haré.

La irrupción del pequeño Bunning en el comedor puso una nota de infantil alegría en el ambiente, un tanto artificioso. A los pocos minutos de su entrada había simpatizado extraordinaria-



mente con el matrimonio Chase, especialmente con Hester, que lo contemplaba con un sentimiento de indecible ternura.

Su charla era graciosa y simpática. Explicó su cariño por un sapo amaestrado que tenía, y se disculpó para volver a marcharse:

—Voy a dar de comer al sapo; perdón.

Cuando hubo salido de la habitación, Alicia les preguntó a los recién llegados:

—¿No tienen ustedes niños, señora Chase?

Los dos esposos cambiaron una mirada. En los ojos de Hester se advertía una profunda tristeza, y Stephen bajó los suyos con un gesto de remordimiento. Fué ella quien respondió:

—No; no tenemos.

Dom y su esposa adivinaron en parte la tragedia de sus compañeros de mesa, y la comida prosiguió en silencio, interrumpido tan sólo por el ruido de la calle que llegaba hasta allí, a través de las ventanas abiertas.

\*\*\*

A Stephen le costó poco trabajo ponerse al corriente de los problemas de aquella sucursal de la «Oil Company». Trabajaba activamente, sin conceder apenas unas horas diarias al reposo. En uno de los asuntos que requerían su atención, tuvo ocasión de preguntarle a uno de sus empleados:

—¿Hay correspondencia sobre esto?

—No lo sé, señor—fué la respuesta.

Esto no le extrañó a Stephen. Desde su llegada a Chong-Nang estaba acostumbrado a tropezarse con la desidia por parte de todo el personal, que tenía casi paralizada la labor de su competencia. Mientras reflexionaba sobre esta situación, oyó pronunciar en las oficinas inmediatas el nombre de un tal Ho. Decidió preguntarle al empleado que despachaba en aquel momento con él:

—Me suena ese nombre. ¿Quién es?

—El jefe de una familia de las más viejas y ricas de las tres provincias. No tiene títulos; pero por alguna razón controla a todos los comerciantes.

—¡Ah, sí! He oído hablar de él.

Precisamente, en aquellos momentos, el mencionado Ho hablaba con Dom en su despacho. Era un chino de aspecto inteligente, que llevaba bordados, en su túnica oriental, los signos de una elevada jerarquía. A pesar de ello, el norteamericano le trataba sin ningún respeto.

—Lo siento, Ho—le decía—. No se lo enviaré en latas; irá en barriles.

A través de los ademanes de exquisita cortesía del oriental apareció un gesto de contrariedad.

—Ruego humildemente hablar con el nuevo jefe—exclamó.

—Yo me ocupo de esto—contestó Dom irritado—, y se hará lo que yo diga.

El chino hizo una profunda reverencia y abandonó el despacho. Al pasar por la oficina, los empleados, todos chinos, se levantaron respetuosamente de sus asientos. Desde la puerta de cristales de su despacho, Stephen observó aquellas muestras de consideración, y, saliendo rápidamente, alcanzó al chino cuando se disponía a subir a su palanquín. Haciéndole una cortés reverencia, le indicó:

—Acaban de decirme que me dirijo al honorable Ho, cuyos antepasados fueron la gloria de su provincia.

El potentado chino asintió sorprendido. No estaba acostumbrado a aquellas frases por parte de los comerciantes blancos, que, por regla general, no hacían ningún aprecio de sus relevantes consideraciones. Stephen, mientras tanto, continuaba:

—Lamento que no me hayan informado de su presencia. ¿Quiere honrar mi despacho?

A los pocos minutos, los dos hombres se encontraban en la oficina de Stephen conversando con toda cordialidad. Su entrevista, puramente de negocios, estuvo, sin embargo, esmaltada por todas las frases de cortesía que consti-

tuyen la base de la conversación china. Al final de ella, el honorable Ho exclamó, agradecido:

—Honro a usted, ya que respeta nuestros usos. Para darle valor, permítame que siga agobiándole con mis pueriles asuntos. Ganaré méritos a los ojos de la Compañía, para su confianza.

Al despedirse, Stephen estrechó fuertemente la mano del chino, mientras le advertía con la mayor cordialidad:

—Un buen amigo.

Inmediatamente después de salir el oriental, Stephen hizo que llamaran a Dom a su despacho. Cuando le tuvo ante él, le comunicó:

—He revocado tu orden respecto a la forma de envío del petróleo.

—¿Sí?

—Sí. Me duele hacerte quedar mal; pero, siguiendo así, perdíamos el contrato.

Dom se irguió resentido.

—Está bien claro por qué lo has hecho—exclamó—. Comprendo: por demostrar tu autoridad de jefe.

—Jamás pensé en ti ni en mí—replicó Stephen—. Por mi responsabilidad, tenía que evitar que la Compañía perdiera dinero y descubriera tu error. Ahora, olvídale.

Y como Dom hiciera un gesto negativo con la cabeza, Stephen le puso una mano en el hombro,



y prosiguió en tono persuasivo:

—Hemos de cooperar juntos en estos trabajos que constituyen nuestra profesión, y debemos ser buenos amigos.

Pero sus palabras de cordialidad no tuvieron ningún eco en el espíritu de Dom, que, sin decir una sola palabra, dió media vuelta y salió del despacho. Stephen le vió marchar con un gesto de pesadumbre.

Aquella noche, Hester interpellaba a su marido acerca de la escena ocurrida entre los dos hombres.

—¿Por qué has desautorizado a Dom?—preguntó.

—Porque la Compañía me ha fijado una cifra demasiado alta—respondió Stephen—, y había que cubrirla. No tiene en consideración la sequía. Yo no podía dejar que la Compañía pagara los errores de Dom, y habría cargado con la culpa.

—¿Sabe él eso?

—No. Le aprecio más que a nadie he apreciado; pero él cree que le he humillado, y que esto lo hago para imponer mi autoridad. Que lo crea; pero subirá la cifra. Tal vez me censurarás...

—No.

—¿Por qué me preguntas entonces?

—Mi corazón me decía que tenía razón—aseguró Hester—; pero quería oírlo de tus propios labios.

Una vez más se encontraban compenetrados los dos esposos. Stephen exclamó apasionadamente:

—Hester, en nuestra vida hay dos cosas que importan: tú y la Compañía. Antes era primero la Compañía; ahora serás tú.

—No, Stephen—replicó ella—. En la vida de un hombre cuentan dos cosas: la mujer a quien ama y el trabajo que hace. Son iguales: si uno falla, está perdido con el otro solo. Yo no te fallaré.

Se abrazaron. Cuando ella se fué a dormir, Stephen prosiguió con su trabajo agobiador. Unos discretos golpecitos en la puerta le anunciaron la presencia de Dom; sus únicas palabras fueron éstas:

—Veo que no he procedido bien. Tú, en cambio, has sido justo, y lamento lo que te dije. No porque seas el jefe, no, sino porque te aprecio.

Un fuerte apretón de manos fué la sola respuesta de Stephen. Los dos compañeros de trabajo eran, desde entonces, dos verdaderos amigos.

## VII

### EL PELIGRO DEL CÓLERA

LA sequía, aquel año, alcanzó en China caracteres aterradores. La pérdida de las cosechas significaba una hambre espantosa en todo el país, y las malas condiciones sanitarias acarrearón, en poco tiempo, una horrible epidemia de cólera. Las gentes caían muertas en medio de la calle, y la ciudad tenía un aire fúnebre, de verdadero cementerio de vivos.

Stephen y Dom comentaban las consecuencias que aquel estado proporcionaba a los negocios de la «Oil Company». Dom preguntaba, como una última esperanza:

—¿Crees que la Compañía reducirá la cifra?

—No—respondió Stephen.

—Pues no esperes cobrar. ¿Cómo va a sacarse el dinero, cuando no lo hay?

Su compañero no era tan pesimista como Dom, y pareció encontrar un medio.

—Los comerciantes se hacen

los remolones—observó—. Pues iremos a buscarlos.

—¿Mandando a esos chicos?—dijo Dom, escéptico—. Ellos no harán nada; mandardarlos por ahí, con los bandidos que hay, sería un crimen.

Stephen no estaba dispuesto a sacrificar las vidas de los hombres que estaban bajo su mando. Si había que afrontar necesariamente aquel peligro, lo haría él en persona. Le comunicó su propósito a Dom, y éste, a las primeras palabras, aprobó la idea de la expedición. Pero él también formaría parte de ella. Los dos hombres estarían también unidos ante el peligro.

Aquella misma noche debían ponerse en camino. El momento de la despedida fué bastante penoso, a pesar de que Dom contestaba con frases de buen humor a las advertencias de su mujer.

—Iremos mi pellejo y yo—de-



cía alegremente—. Hemos ido así muchos años, y no voy a separarme de él a estas alturas.

Las dos parejas se abrazaron antes de la partida. Al observar el gesto de infinita tristeza que había en los ojos de Hester, su marido trató de tranquilizarla:

—Vamos, querida; no te preocupes.

—Tú eres quien no ha de preocuparse por mí—respondió ella.

En aquel momento, con los ojos cargados de sueño, apareció en lo alto de la escalera el pequeño Bunning. Stephen y Dom le besaron cariñosamente antes de marchar. El niño presentía, en su inconsciencia, que aquella ausencia de dos semanas encerraba un peligro cierto para su padre y para Stephen.

Por fin, partieron los dos hombres. Las últimas palabras que se cruzaron querían ser de una alegría, a pesar de todo, ficticia:

—Gracias a la sequía que hay, no tendremos miedo de que os mojéis los pies.

—¡Adiós! Te veré en París, en otoño...

Desde lo alto de la escalera, el cuadro encantador de las dos mujeres y el niño era la última imagen que acompañaría a Stephen y a Dom a través de sus horas peligrosas.

\*\*\*

Tuvieron que pasar momentos realmente difíciles. Muchas ve-

ces, al llegar a una de las casas de sus deudores, se encontraban en el patio los cadáveres de los que habían muerto en las últimas horas, vencidos por el cólera o por el hambre. Saltando por encima de los cuerpos sin vida, Dom exclamaba:

—¡Vaya panorama, chico! ¿Qué gente hay aquí?

Y su compañero, después de pronunciar un nombre chino, añadía la cifra:

—Cuatro mil. Hemos de averiguar si él, o alguno de su familia, vive.

Mientras los dos hombres tenían ocasión de vivir intensamente cerca de la gran tragedia de la población, diezmada por tanta calamidad, Hester y Alicia esperaban su regreso, siempre con la ansiedad más profunda retratada en sus semblantes.

Una tarde en que estaban las dos juntas apareció en la puerta de la habitación el pequeño Bunning. Venía como agotado por el calor terrible de aquellos días, y se quejaba lastimosamente:

—¡Oh, mamá! Me duelen mucho el estómago y las piernas.

Y de repente se desplomó en el suelo. El susto de su madre y de Hester fué terrible, sobre todo cuando se dieron cuenta de que el niño presentaba los síntomas infalibles del cólera. Inmediatamente, Hester empezó a dictar las primeras disposiciones:

—Que traigan bicarbonato y sal y toda el agua embotellada que tengamos.

La orden iba dirigida al chino King, que temblaba de pánico por el posible contagio. Llegó a negarse a entrar en la alcoba donde habían acostado al niño, y Hester se vió obligada a empuñar una pistola, ordenándole con toda energía:

—Ayúdame, o te mato.

Entretanto, Alicia, acometida por un ataque de nervios, no constituía más que un estorbo para la labor abnegada y difícil que se había impuesto a sí misma la mujer de Stephen. Tuvo que atender simultáneamente a la madre y al hijo, al que adoraba como si fuera suyo.

Fueron unos días de prueba. El pequeño Bunning no daba ninguna señal de existencia, y, a ratos, parecía que serían inútiles cuantos esfuerzos se hicieran para devolverle la salud. Por fin, al cabo de unos días, abrió los ojos, y pudo ver a su cabecera a su madre y a Hester, pendientes de sus menores movimientos. Con una sonrisa, exclamó:

—¡Huy, qué sueño más malo! Las piernas se me enredaban en el triciclo y no paraba de dar vueltas...

El peligro inminente había pasado. Las dos mujeres se miraron con un inmenso suspiro de alivio, y al mismo tiempo se oyeron

en la puerta de la casa las voces alegres de Stephen y Dom, que volvían de cumplir su misión.

Hester corrió junto a ellos, para que no despertasen al niño con sus voces, y llegó a tiempo de oír las palabras victoriosas de su marido:

—Hemos cubierto la cifra; les hemos exprimido hasta el último céntimo.

Sus expresiones de regocijo quedaron cortadas por la cara descompuesta de Hester, que conservaba aún las señales de sus largas noches en vela. Ante sus primeras palabras de advertencia, Dom corrió junto a la cabecera de su hijo, temeroso de que hubiera ocurrido lo peor. Pero Bunning dormía apaciblemente, libre de la terrible enfermedad.

\*\*\*

Aquellos momentos tan crueles habían servido para unir entrañablemente a los dos matrimonios. Siguiéron unos días de calma y felicidad, alternando el trabajo con los momentos de agradable convivencia.

Una tarde, Stephen recibió la visita del honorable Ho. Las palabras del acaudalado chino le anunciaron una dificultad surgida en uno de los negocios que tenía pendientes la Compañía en aquella región. Se trataba de que tres comerciantes de la provincia no habían renovado el contrato



que tenían pendiente con la «Oil Company», y aquel retraso perjudicaba a la buena marcha de los negocios. Refiriéndose a ello, Ho dejó escapar estas palabras:

—Quizá no lo firmen ya.

—¿Por qué? —preguntó Stephen, sorprendido.

—Porque su otro ayudante insultó gravemente a sus antepasados, al hacer un cobro.

Era lo peor que hubiera podido ocurrir. Como Stephen trataba de indagar más detalles, Ho habló claramente:

—Nos hemos enterado de que es usted un hombre que respeta nuestros derechos. Gracias a usted, hubieran firmado el contrato; pero su compañero lo ha hecho imposible. Con pocas palabras vinieron a decirme que perdíamos el contrato, pero que lo rescataríamos, a condición de que el otro jefe dimita. Era el precio más bajo.

—Para la Compañía, sí—observó Stephen—; mas no para mí. Es amigo mío.

Entonces, Ho habló gravemente, y sus palabras tenían el valor de un consejo:

—La Compañía es para usted lo que mis antepasados son para mí. No podemos repudiarlos, porque son los cimientos de nuestra existencia.

—Así es, Ho — asintió Stephen —; pero empiezo a creer que eso es injusto; que lo soy yo.

La disyuntiva era un problema pavoroso para el muchacho. Todo aquel día anduvo lleno de preocupación por la solución de la cuestión, y Hester, que apercibió su gesto de decaimiento, le interrogó:

—¿Qué es, qué te pasa?

En pocas palabras la puso al corriente de lo sucedido. Tenía que echar a Dom para salvaguardar los intereses de la Compañía. Pero su mujer le interrumpió vivamente:

—Pero claro que tú no lo harás. Tú no puedes quitarme a Bunning. Ya comprendes que es casi como un hijo mío. Yo le curé cuando el cólera; yo le volví a la vida. Tú no sabes lo que son para mí Bunning y Alicia. Stephen: tú no puedes echar a Dom. Trabaja como un esclavo para ti; arriesga su vida. Es para ti como un hermano.

Las palabras exaltadas de Hester herían en lo más vivo a Stephen, porque eran como el reflejo de sus propios pensamientos. Trató de hacer callar a su mujer, y como no lo lograra, exclamó:

—Si no sale él ahora, Hester, tendríamos que salir los dos.

Pero lo difícil era comunicar al propio Dom la terrible noticia. Casi sin mirarle, Stephen empezó a hablar:

—Los tres comerciantes no renoverán su contrato.

—No seas niño — contestó el

otro sonriendo—; Ho les vencerá.

—Ya lo ha hecho. Hizo un trato con ellos.

—¿Entonces?

—Si no dejas la Compañía, no firmarán el contrato.

Dom comprendió instantáneamente lo que quería darle a entender su amigo, y exclamó tristemente:

—Alicia, Bunning y yo marcharemos. Yo ya tenía dos malas notas, y ésta me elimina.

Y al ver la agitación de Stephen, fué él mismo quien le consoló:

—No te pongas así, Stephen. La culpa no es tuya.

—¿Tú me crees a mí?—exclamó el muchacho con desesperación.

—Te creo.

Y el sentimiento de su abrazo fraternal demostraba que su amistad era mucho más fuerte que todo aquello.



## VIII REVOLUCION

LA revolución comunista que estalló por aquellos días en China alcanzó caracteres más violentos que ninguna de las muchas que la habían precedido. Robos, incendios, asesinatos, fueron la señal del paso de la horda por todas partes. Los periódicos de todo el mundo comentaban con gruesas titulares:

«LA REBELIÓN COMUNISTA AMENAZA LAS PROVINCIAS MERIDIONALES. LOS COMUNISTAS DOMINAN EN EL DISTRITO DE CHONG-NANG».

En efecto, toda la región aquella estaba en manos de los revolucionarios. Stephen había visto unirse una preocupación más a las muchas que le proporcionaba su cargo. En medio de sus inquietudes, recibió un telegrama de sus jefes, concebido en los siguientes términos:

«En vista de la rebelión comunista, prevalente en su distrito, creemos prudente enviarle un ayudante fuerte, que colaboró con usted en Manchuria. Estará ahí el 15 del corriente.»

Efectivamente, el día señalado llegó el nuevo ayudante. Era el último jefe que había tenido Stephen, cuando no era más que un simple agente, en las tierras siberianas. El recién llegado empezó por desplegar una rara energía cerca de los empleados de la Compañía, que, atemorizados por la vigilancia que los rebeldes habían establecido alrededor de las oficinas, apenas se dedicaban al trabajo.

—¿Qué les pasa a ustedes? —les increpaba—. ¿No tienen trabajo, no hay nada que hacer?

—¿Cómo vamos a trabajar con esa gente ahí? —dijo uno de los empleados, señalando hacia la calle.

—Pues metan las plumas en los tinteros y escriban—fué la contestación, dicha en tono autoritario.

Después de aquella orden, el nuevo jefe adjunto entró en el despacho. Éste, con una pistola en la mano, vigilaba por la ventana las idas y venidas de los revolucionarios.

—¿Qué piensa usted?—le preguntó a Stephen su antiguo jefe.

—Que alguna cosa les retiene —respondió el muchacho.

—Ya sé. Pero ¡qué! Fíjese usted en sus caras: de cariño no son.

Pronto iban a salir de dudas. Acompañado de varios hombres armados, entró en la oficina un oficial chino, con gafas, que le daban cierto aire de intelectual. Cruzó con aire decidido por entre las mesas de los empleados, y le indicó a uno de ellos:

—Quiero ver al señor Chase.

—¿Le anuncio, verdad? —exclamó el interpelado, que temblaba como un azogado.

—Me anunciaré yo mismo. ¿Está en su despacho?

Y ante el gesto afirmativo del asustado oficinista, le apartó con la mano, y, sin más ceremonias, penetró en el despacho de Stephen, que le recibió serenamente. Las primeras palabras del jefe comunista fueron claras y precisas:

—Las revoluciones se hacen con dinero. Usted tiene en la caja veinte mil dólares: seis mil cuatrocientos, en papel, y trece mil seiscientos, en oro. Puede usted quedarse con el papel; no vale nada. Queremos ese oro.

Stephen trató de negar:

—Sin duda, le han informado mal; no tenemos tal cantidad.

—Lo siento —contestó el ofi-

cial—; pero eso no cuela. Me ha facilitado los datos el jefe contable. Usted olvida que China es un gran cliente de su Compañía, y, según los métodos americanos, «el cliente siempre tiene razón».

Stephen comprendió que su resistencia no podría durar mucho. Sin embargo, exclamó con toda cortesía:

—¿Puedo pedirle un favor?

—Si es un favor, lo haré—respondió el chino—. Si es una concesión, no.

—Quisiera dejar a mi mujer y a mis hombres en el barco—pidió Stephen—. Tenga usted la bondad de concederme una hora para entregarle el dinero. Tendré que hacer arqueos, y que mis libros estén en regla al llegar a Shanghai.

—Muy bien —accedió el oficial—. Dos horas tiene. ¡Adiós!

Salió con todo su acompañamiento de hombres y armas. Ya en la puerta, se volvió para advertir:

—Y si tiene la intención de escaparse, hará mal.

Apenas quedaron solos los dos americanos, trataron de hacer frente con toda rapidez a aquella situación tan angustiosa. Stephen tuvo, de pronto, una idea brillante.

—Sólo una persona influyente —exclamó— puede salvarnos de esto: Ho. Que King vaya a buscar a Ho. Yo embarcaré a Hes-



ter y a los hombres, y usted y yo esperaremos al chino.

En muy poco tiempo realizó Stephen todos los preparativos para que su mujer y los empleados de la Compañía pudieran subir a bordo de uno de los barcos petroleros propiedad de la «Oil Company». En el mismo muelle, su mujer le echó los brazos al cuello, emocionada y temerosa.

—Stephen, no quiero dejarte de ese modo—exclamó.

—Querida—dijo él, con una sonrisa tranquilizadora—. Tengo una gran responsabilidad, y la aumentarías tú quedándote. Allí estarás mucho más tranquila.

El barco dejó oír, de pronto, el silbido de su sirena. Hester subió la pasarela del buque, y Stephen iba a acompañarla hasta arriba, pero se lo impidió uno de los centinelas que daban guardia al muelle, el cual le puso el fusil al pecho, mientras le advertía:

—Señor Chase, usted no puede ir a bordo.

Tuvieron que despedirse allí mismo. Él trataba de infundirle una completa tranquilidad sobre su próximo regreso antes de que zarpase el buque. Después que Hester hubo desaparecido, por fin, en el interior de la nave, Stephen llamó al capitán del petrolero y le advirtió:

—Capitán: usted zarpará a la hora exacta, ocurra lo que ocu-

rra; y que no desembarque nadie. ¿Entiende usted?

—Si esas son sus órdenes, de ese modo serán cumplidas—aseguró el marino.

—Son mis órdenes.

Obtenida aquella seguridad por parte del capitán, Stephen se alejó del barco. Hester, apoyada en la borda, le gritó todavía:

—Stephen, no olvides que me perteneces a mí tanto como a la Compañía.

El la contestó con un alegre saludo y volvió a su despacho. Todavía no se sabía nada de Ho, para mayor desesperación del ayudante, que se encontraba presa de la más viva inquietud. Por fin, vieron desde la ventana que por el extremo de la calle aparecía el palanquín que conducía al hombre en quien tenían puestas sus últimas esperanzas. Al divisarle, Stephen prorrumpió en una exclamación de alegría:

—Ya temía que no viniera, pero viene, probándome que es el más correcto caballero que he conocido.

Ho descendió de su palanquín a la puerta de la «Oil Company». En el mismo instante sonó una voz al otro extremo de la calle, que gritó burlona:

—¡Paso al gran Ho, el honorable amigo del hombre blanco!

Casi simultáneamente sonó una descarga, y Ho cayó atravesado por dos balazos. Desde la venta-

na, Stephen había presenciado la espantosa escena, y gritó, lleno de rabia:

—¡Asesinos!

Quiso lanzarse, pistola en mano, fuera de la habitación; pero su compañero se lo impidió, sujetándole por un brazo, diciéndole al mismo tiempo:

—¡Está usted loco! Le acribillarían antes de llegar a la puerta.

Con la muerte del honorable Ho habían desaparecido sus últimas esperanzas. Comprendiéndolo así, el ayudante de Stephen miró a los sacos que contenían el oro tan ambicionado por los comunistas, y exclamó tristemente:

—Me repugna la idea de entregar ese dinero.

Pero Stephen estaba muy lejos de pensar en complacer a aquellos miserables. Con tono enérgico y decidido, se dirigió hacia su acompañante y le dijo:

—Si ese dinero se entrega, no se habrá hecho nada. Mi carrera está en esa caja; yo no se la entregaré a nadie. Saldremos por la puerta de atrás, cruzando el pantano. Y como, solo, no puedo llevar el dinero, lo llevaremos juntos.

Su antiguo jefe se resistía a la idea de arriesgar su vida de aquella forma.

—¿Para qué?—decía—. ¿Para salvar a la Compañía?

—No; para salvarse usted del

fracaso—le contestó Stephen—. Lleva usted quince años en China y no ha adelantado un puesto. Esto puede significarnos un ascenso.

Ya convencido el ayudante, iniciaron la peligrosa salida. Con todo género de precauciones, para no ser vistos por los centinelas que vigilaban la casa, cruzaron el jardín que adornaba la parte posterior del edificio y llegaron al terreno pantanoso. Pero en aquel mismo momento fueron descubiertos, y un nutrido tiroteo se organizó a su alrededor, tratando de cazarlos.

Uno de los disparos alcanzó al acompañante de Stephen. El muchacho siguió avanzando con el obstáculo de los sacos del oro. Entretanto, el ayudante era engullido por el barro que formaba el pantano, hasta que su cuerpo desapareció totalmente de la superficie.

Stephen se sintió herido también. Poco a poco iba perdiendo fuerzas, y notó que se nublaban sus ojos. Una de sus últimas impresiones, antes de perder el sentido, fué el sonido de la sirena que anunciaba la salida del barco que llevaba a su mujer hacia la libertad y la vida. Stephen murmuró, ya medio enterrado en el pantano:

—¡Hester! ¡Hester!



IX

LA JUSTICIA DE UNA RECOMPENSA

LOS diarios que más se ocupaban de las cuestiones de Oriente dieron la noticia en primera plana y con grandes titulares:

«APARECIÓ EL HÉROE DE LA REBELIÓN DE CHONG-NANG.»

Stephen había sido recogido por un barco norteamericano que hacía servicio de patrulla por aquellas costas. Todas las informaciones referentes a la revolución comunista china coincidían en señalar su gesto heroico al negarse a entregar a los rebeldes el oro de la «Oil Company».

Ya convaleciente de sus heridas, Stephen charlaba con su mujer en la cama del hospital, donde se le había atendido hasta entonces.

—¿Te duele aún el brazo?—le preguntaba Hester, cariñosamente:

—No, nada.

Todas las reconvenções que le hacía ella para que no hablase,

según le había recomendado el médico, eran inútiles. El muchacho se sentía con nuevas fuerzas, después de las duras pruebas a las que se había visto sometido. En aquel momento le anunciaron la visita de uno de los principales jefes de la Compañía, que entró acompañado de una sonrisa afectuosa, exclamando:

—Vengo a decirle una cosa, que estaba deseando decirle hace mucho tiempo, y es lo orgullosa que se siente de usted la Compañía.

—Si yo creyera a los periódicos—respondió Stephen—, hasta yo lo estaría de mí mismo; pero la verdad es ésta: no hice más que agarrar el dinero y salir corriendo.

Su interlocutor prosiguió:

—También le diré que he tomado posesión de la dirección de la Central de Oriente. La amenaza comunista ha hecho necesario un cambio de dirección. Tiene que haber dos jefes. Yo me en-

cargo de la parte financiera; pero necesito alguien que conozca bien lo demás. China está ansiosa de implantar los métodos de comercio americanos, y yo voy a dárselos. En adelante, todo será al contado; las agencias se darán al mejor postor. Se acabó eso de las familias influyentes.

Stephen creyó oportuno hacer una observación:

—Si hace usted eso, le costará a la Compañía cien mil dólares el primer mes. Los chinos siguen siendo chinos: conservan la tradición, que perdurará mientras haya uno solo.

Al nuevo jefe de la Central de Oriente no le pareció muy bien aquella respuesta de Stephen Chase. Sin embargo, le dijo afectuosamente:

—Bueno; de eso, ya hablaremos despacio. Ahora tengo que irme. Pero oiga, no se levante demasiado pronto. Hay mucho que hacer, y tiene que estar fuerte. Si quiere algo, dígamelo.

Y con un gesto amable de despedida, abandonó la habitación.

...

Pocos días después, Stephen Chase, completamente respuesto de sus heridas, se presentaba en las oficinas en Shanghai de la «Oil Company». El jefe de aquella Central había dejado ordenado que, antes de hablar con él, viese a Bill Hartford, antiguo

compañero de Stephen, en la escuela de preparación que la Compañía tenía para los agentes destinados en China.

Los dos condiscípulos se saludaron alegremente, después de tantos años sin verse. Pero cuando Stephen expresó su deseo de hablar con el jefe de la Central, Hartford le dijo estas palabras, que le llenaron de sorpresa:

—Dijo que te viera yo en su nombre. Me nombró ayudante suyo ayer.

Aquel puesto, precisamente, era el que le había sido ofrecido a Stephen como recompensa por sus magníficos servicios. La amargura de aquella postergación le dejó, por un instante, sin poder articular palabra. Mientras, Hartford continuaba:

—Después de hablar contigo, llegó a la conclusión de que no eres bastante progresivo en el nuevo régimen. Dice que piensas más como chino que como blanco. Es una ironía, ¿verdad?, que, después de pasarte años aprendiendo a pensar en chino, los chinos cambien, y todo lo aprendido sea inútil.

Stephen no escuchaba las palabras de su antiguo compañero. Le dolía terriblemente aquella injusticia. Balbuceó unas frases convencionales, y se encaminó hacia el hotel, donde le esperaba Hester.

Antes de que él pudiese con-



tarle lo ocurrido, ya lo había adivinado ella, al contemplar su aspecto decaído. Trató de animarle; pero inútilmente.

Por el momento, Stephen quedó agregado a la sucursal de Shanghai como un oficinista más. Sufrió lo indecible en aquella situación absurda, y no bastaban a calmarle las frases consoladoras de su mujer.

—Tú no sabes —decía él— lo humillante que es llegar todas las mañanas allí, sentarse en uno de los pupitres y trabajar como un crío acabado de llegar. ¡Y así dos semanas!

—Ya encontrarán algo para ti —exclamó Hester.

—No lo harán. Ya sé lo que hacen; lo he visto hacer antes. Me han hecho oficinista para que dimita por dignidad. Así se evitan pasarme la pensión.

Ella trataba de reanimarle; pero la desesperación del muchacho era mayor a cada momento.

—Stephen, ya verás cómo todo se arregla—volvió a decir su mujer—. Ten fe en mí, que sé que no me equivoco. Ahora sigue conservando tu dignidad y tu confianza. ¿Me prometes que sí?

—¿Cómo estás tan segura?—murmuró él, algo esperanzado.

—Porque la felicidad se compra, y la nuestra la hemos pagado día por día y año tras año. La tenemos segura.

La secretaria particular del jefe de la Central de Oriente le anunció a su superior una visita.

—La señora Chase desea verle, señor.

—Temo que no podré verla hoy, señorita—respondió él, haciendo un gesto de fastidio.

Pero en aquel mismo instante apareció Hester en la puerta del despacho, y exclamó con tono autoritario:

—Temo que tendrá que verme.

Ante lo irremediable, el funcionario le hizo una seña a su secretaria para que se retirase. Hester empezó a hablar con tono firme y reposado, sin dejarse ganar por la indignación que la poseía:

—No vengo a pedir un favor, sino justicia para mi marido. Que se le proteja, como él protegió los intereses de la Compañía.

—Pero, señora —objetó melosamente el otro—. Yo creo que él puede protegerse a sí mismo.

—Sí, señor; contra todo, menos contra la Compañía. Como todo idealista, Stephen cree que aquello en lo que tiene fe se debe pagar lealtad con lealtad, y usted y yo sabemos que eso no es verdad.

Ante las palabras, demasiado severas, de Hester, el jefe se irguió, bastante ofendido. Y cuando ella pidió para su marido el puesto que le correspondía en la Empresa, contestó altivamente:

—Aquí estoy yo para ser juez de eso.

—Pues, entonces, sea usted el juez—continuó ella con creciente exaltación. Stephen tuvo un hijo; Stephen tuvo un amigo. Perdió a los dos; pero no perdió ni un solo contrato para la Compañía. Stephen jamás ahorró un céntimo suyo, y arriesgó su vida para traer trece mil dólares a la Compañía. Stephen, ahora oficinista, tiene mejor historial que nadie en ningún otro distrito. Conoce China, y compró esos conocimientos con su juventud y con su valor. Usted puede aprovechar esos conocimientos. Es un negocio, y es justicia. El hombre más apto debe ocupar los puestos más altos.

El hombre a quien iba dirigido todo aquel discurso trataba de contener las palabras de Hester con promesas de que pronto se restablecería la justicia y la recompensa para Stephen Chase. Pero como ella no observase en sus palabras la menor veracidad, decidió emplear su recurso extremo, y habló de la lámpara inventada, años atrás, por su marido.

—La Compañía ganó millones con ella; mi marido, ni un céntimo, ni lo esperaba, aunque posea la patente.

El jefe de la Central de Shanghai dió un salto en su asiento:

—¿Que tiene la patente?...

—Sí. Según el abogado, sus de-

rechos subirían a cientos de miles. Claro, que Stephen no pleitearía, porque es un idealista; pero yo soy una mujer, y práctica.

El individuo aquel reflexionó rápidamente sobre la gravedad de aquella noticia. Convencido de que tendría que claudicar ante aquella mujer valerosa y decidida, exclamó:

—Lo que ha dicho, señora, de los sacrificios hechos por su marido es una revelación para mí, y puede serlo también para los jefes de la Compañía en Nueva York. Nuestra Sociedad está convencida de la competencia de su esposo.

A lo que replicó ella, irónicamente, ya desde la puerta:

—Yo tengo ahora un problema: el de convencerle a usted.

Y abandonó el despacho, dejando a su interlocutor pensativo y sombrío, con la certidumbre de que ella tenía razón.

...

La línea telefónica directa de Nueva York a Shanghai funcionó aquella misma tarde con toda urgencia:

—Nueva York llama a Shanghai.

De un lado de la línea, telefonistas norteamericanas mascando «chicle» mientras hablaban por teléfono; del otro, chinas, de ojos oblicuos, que apenas sabían



pronunciar el inglés. La Central de la «Oil Company» en Nueva York llamaba a su sucursal de Shanghai. Era el propio director general el que estaba al aparato, y el jefe del Centro oriental le respondió desde el otro extremo del hilo con acento jovial y alegre:

—¡Qué sorpresa tan agradable! Sí...; oigo perfectamente. Como si fuese una llamada local.

Pero la sonrisa se borró instantáneamente de sus labios al escuchar las primeras palabras de su superior. Este hablaba indignado de la postergación de Stephen Chase, y decía:

—Naturalmente que fué un error, y muy grande. Ha perdido usted mi confianza. Claro que puede usted rectificar; pero si vuelve a hacer una cosa así, tendremos que sustituirle. Cuando me hizo usted el informe con el nombramiento de Hartford, pensé que se trataba de un error de máquina. No podía comprenderse que Chase, que es el hombre que más ha trabajado en todo Oriente, no hubiese sido nom-

brado. Usted sabe que nunca me mezcló en esas cosas; pero éste es un caso de conciencia, y mantendré mi posición, mientras sea presidente de esta Compañía.

Desde Shanghai le llegaba un eco temeroso a sus palabras:

—Claro..., naturalmente...; he cometido un error...

...

Stephen llegó aquella noche radiante al hotel.

—¡Hester! —gritó desde la puerta de la habitación—. ¿Sabes lo que ha pasado? Hartford dijo que si yo había de desempeñar el mismo cargo que él, dimitía. El puesto es mío, sólo mío. Ya lo ves, querida: la Compañía no abandona a los suyos.

Allí estaba otra vez el idealista; el que creía, sobre todas las cosas, en la lealtad de una Empresa. Hester no se sentía con fuerzas para quitarle aquellas ilusiones.

Por eso se limitó a responder apasionadamente a su abrazo, y contestó dulcemente a sus palabras de entusiasmo:

—¡Sí, hijo!

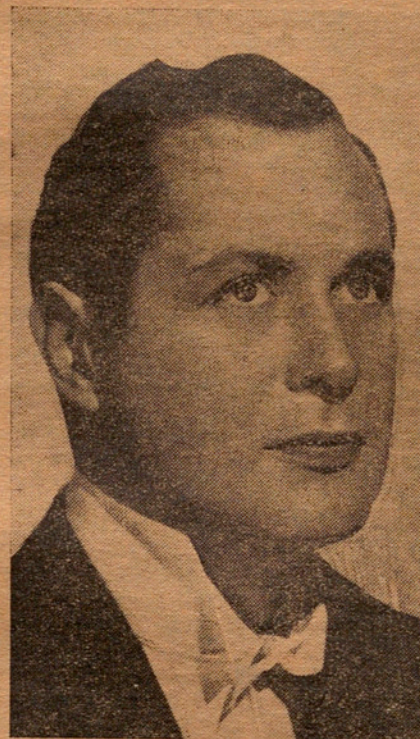
FIN

(Prohibida la reproducción)

## FICHAS DEL "CINE"

### ROBERT MONTGOMERY

El dominio del gesto en el cinematógrafo es una de las cualidades indispensables en los que llegan a ser figuras cumbres de la pantalla. En este sentido, podemos decir que



Robert Montgomery ha logrado plenamente el acierto en la interpretación de los papeles que le han sido confiados, gracias sobre todo al dominio del gesto, que constituye la parte más interesante de su personalidad.

Los principios de la carrera cinematográfica del gran actor no fueron realmente muy duros. Educado en un ambiente universitario, estaba capacitado, por su preparación y

por su cultura, para hacer en la vida un papel siempre lucido.

Cuando fué «descubierto» para los Estudios de Hollywood, sus directores adivinaron en él un actor de fibra, que podría llegar a hacer grandes cosas. A esto se debió el que desde el principio, se le encomendaran papeles de relieve, y no tardó en figurar entre los astros de la pantalla norteamericana.

Poco después ya era el protagonista de varias películas de ambiente neoyorquino, simpático y agradable. Para papeles de esta índole ha llegado a ser insustituible.

Entre sus principales producciones merecen citarse dos que han llegado al público de España precedidas de una aureola de gran éxito, que se vió plenamente confirmado a su paso por los salones de espectáculos de las principales ciudades de España. Estas dos películas son: *Cuando el diablo asoma* y *Adán sin Eva*.

En la primera de ellas, compartieron con él el triunfo los nombres, también prestigiosos, de Clark Gable y Joan Crawford. Es una película juvenil, simpática y optimista, llena de detalles de una gracia inigualable, y teniendo como fondo las costumbres de la sociedad norteamericana, y especialmente el divorcio, con los acostumbrados lances que se derivan siempre de esos matrimonios, que pudiéramos llamar provisionales.

*Adán sin Eva* se desarrolla en el helado escenario de Punta Esquimal, en Labrador, y Robert Montgomery personificaba un telegrafista extraordinariamente aburrido, que se encontraba de pronto con una maravillosa mujer, que casi caía del cielo, para aliviar su monotonía. La mujer en cuestión era la simpática y atractiva Myrna Loy.

En estas dos películas, lo mismo que en todas las que constituyen su repertorio cinematográfico, brilla el genio artístico de Robert Montgomery por ese dominio del gesto de que hablábamos antes, hasta tal punto, que, aun en el caso de que hubiera alcanzado los tiempos del cinema mudo, se habría defendido admirablemente, ya que



no necesita, para cautivar al auditorio, del auxilio, tan eficaz en otros casos, de la palabra, y solamente con sus movimientos y con la expresión de su rostro logra efectos que pudiéramos calificar de colosales.

No se puede clasificar a Montgomery como un galán en el sentido estricto de la palabra. En el problema del amor entre un hombre y una mujer, base principal de todos los argumentos cinematográficos, es imposible considerarle poseído de esa fuerza dramática, necesaria en las tragedias y en los asuntos sentimentales. Su carácter es más intrascendente, más poseído del dinamismo norteamericano. Sus escenas están siempre llenas de esa gracia suave que provoca la sonrisa y que raras veces llega hasta la hilaridad. No es un actor cómico, ni tampoco puede ser considerado como un gran trágico. Su lugar está en el indispensable término medio.

Acaso se deba a esto la dificultad con que han tropezado siempre sus directores para encontrarle una pareja que comparta con él los triunfos ante la pantalla, y que pusiera su nombre unido al de Montgomery en la propaganda y en los programas de las salas de espectáculos. No pueden ser consideradas

como tales ni Myrna Loy, que ha formado pareja con el gran actor de carácter William Powell, ni Joan Crawford, que permanece aislada, destacando su personalidad con mayor brillo.

Esto, en cuanto a su actuación en los Estudios. Respecto a su vida privada, podemos decir que carece de esos momentos de nervios difíciles, que en los demás artistas se traducen en excentricidades y en una vida extraña y agitada que llena la crónica escandalosa de Hollywood. Por eso mismo, se hace más difícil para él llegar hasta el público con la única ayuda de su arte, sin tener una propaganda ruidosa en que apoyarse.

Contratado por la Metro-Goldwyn-Mayer, Robert Montgomery ha realizado últimamente algunas películas, que no han llegado aún hasta el público español. Y en esta próxima temporada, que se anuncia con numerosas producciones, su nombre figura a la cabeza del reparto de algunas de ellas.

Dominio del gesto, simpatía, gracia fina y personalidad. Este puede ser el resumen de la ficha cinematográfica de Robert Montgomery.

## BUZÓN DE "CINE"

José María Villar. (Melilla).—El asunto de Marruecos, llevado al cinematógrafo, ha dado una película, estrenada hace poco tiempo, que se titula *Romancero marroquí*. Sin embargo, hay mucho que hacer en ese ambiente, y podrían realizarse producciones de un colorido local maravilloso. Últimamente ha salido para Marruecos Carlos Arévalo, uno de nuestros jóvenes valores, para estudiar las posibilidades de una cinta que se titulará *Harca*.

\*\*\*

Rosalía Gómez. (Santander).—Los colores preferidos por Myrna Loy son todos los colores fuertes en general. Siento tener que producirle una desilusión; pero Myrna Loy es, ante todo, una mujer práctica y tiene muy poco de sentimental.

Colombina. (Valencia).—Me es imposible remitirle las fotografías que me pide de *El barbero de Sevilla*. Puede escribir en este mismo sentido a Ulargui Films, Antonio Maura, 16, Madrid, aunque dudo que puedan complacerla, dada la escasez de material que se conserva, pasado el período de propaganda del mencionado «film».

\*\*\*

Pepita Mascarellas. (San Sebastián).—Los detalles que interesa conocer de una señorita que piensa dedicarse al «cine», son: edad, estatura, color del pelo, peso, aficiones artísticas (teatrales, cinematográficas y coreográficas). Conviene también que remita usted una fotografía, y mucho más conveniente, para conocerla mejor, sería su propia presencia.

## NOTICIARIO

Pocos artistas de Hollywood trabajan con la intensidad de Robert Taylor. La versión cinematográfica de *Escapada*, de la que es principal artista, ha empezado a rodarse en los estudios Metro-Goldwyn-Mayer para que, una vez terminada, pueda el galán de la pantalla ensayar *Huracán tropical*. En *Es-*

ha elegido para su presentación es *El milagro del Cristo de la Vega*, cuya protagonista es la genial Niní Montiam.

\*\*\*

Jeanette Mac Donald y Nelson Eddy acaban de filmar *Luna nueva*, para cuya pro-



Társila Criado y Julio Peña, intérpretes principales de la producción *Ufilms*, La Malquerida, reciben instrucciones del director, José López Rubio, durante un momento del rodaje de dicha producción.

*capada* comparte los honores estelares con Norma Shearer, y en *Huracán tropical* con Lana Turner, que trabaja actualmente en *Cómo poseer el mundo*.

\*\*\*

Entre las noticias más destacadas de estos últimos días, se comenta en los círculos cinematográficos españoles la presencia por vez primera en la pantalla del gran actor cómico Mariano Azaña, que llevaba diecisiete años en la compañía titular del teatro de la Comedia, de Madrid. La película que se

ducción ha sido preciso confeccionar un nutrido vestuario para todos los participantes en sus escenas, por cuanto la acción se desarrolla en el siglo XVIII. Jeanette Mac Donald, antes de rodar la primera escena, tuvo necesidad de ensayarse en el arte de entrar y salir por las puertas llevando un ancho miriñaque, a fin de familiarizarse con las modas de la época.

\*\*\*

Una de las bodas que se preparan es la de Lawrence Olivier, intérprete de la pro-



ducción *Más fuerte que el orgullo*, con Vivien Leigh, actualmente una de las primeras figuras de la pantalla desde que le fué concedido el premio de la Academia por su interpretación de *Lo que el viento se llevó*. La boda se celebrará en Toronto (Canadá), en la entrada de otoño.

\*\*\*

James Stewart, el galán que se reveló durante la pasada temporada en su sobria in-

Una reproducción de la estatuilla que la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas regala a los artistas premiados anualmente por su meritoria labor ha sido entregada a Hattie Mac Daniel, la gran actriz de color. Esta reproducción ha sido ejecutada en madera de ébano, y la concede la Academia Cinematográfica a través de Tomás Griffith, representante de la Asociación Nacional para el Progreso de las Gentes de Color. El acto de entrega se celebró el 15



*Eusebio Fernández Ardevín, director de la producción Ufilms La florista de la Reina, con Maria Guerrero, protagonista de dicha película, durante una escena rodada en los Estudios Orphea, de Barcelona.*

terpretación de *El ángel negro*, aparecerá de nuevo durante la temporada que va a empezar interpretando un importante papel en *Ella, él y Asta*, graciosa comedia de amor y misterio, cuyos protagonistas son William Powell, Myrna Loy y el perro *Asta*. Elissa Landi figura también en el reparto.

\*\*\*

La filmación de obras teatrales españolas va a continuar. Una de las que se están estudiando para llevarla al celuloide es el popular drama de Zorrilla *Don Juan Tenorio*. Aún no sabemos qué actores encarnarán las figuras mundialmente conocidas de Don Juan y Doña Inés.

de agosto, actuando como maestro de ceremonias el conocido bailarín Bill Robinson.

\*\*\*

Tenemos noticias de que en Barcelona se está trabajando para llevar a la pantalla *El Divino Impaciente*, de José María Pemán. Al parecer, la mencionada película será realizada en colores, lo que supone un paso más en el camino de la cinematografía nacional.

\*\*\*

Se está rodando en un pintoresco pueblecito de la costa bilbaína la producción *Jai Alai*, película de ambiente vasco, realizada por la I. C. E. S. A., que se estrenará seguramente en la próxima temporada.



